

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

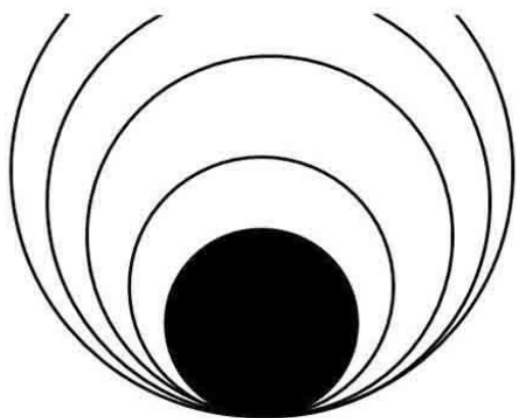
T POLICIAO

El rugido de la tigresa

**CLARK
CARRADOS**

**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

EL RUGIDO DE LA TIGRESA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.177
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

1ª edición en España: marzo, 1985

1ª edición en América: septiembre, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S.A.
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

© Clark Carrados - 1985 texto

© Norma - 1985 cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 84-02-02520-X / Depósito legal: B 5.692 - 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.

Carretera Nacional 152, km 21.650 Parets del Vallés (Barcelona) - 1985

ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Búfalo Serie Roja
Selección Terror
La Conquista del Espacio

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba arrodillado junto a la caja fuerte, alumbrándose con una pequeña linterna, sujeta a la frente por medio de un aro flexible de acero, cuando de pronto sintió pasos en las inmediaciones.

Levantó la cabeza, sorprendido. No esperaba una ronda de los vigilantes a aquellas horas, pero, quizá, las normas habían cambiado y el personal de seguridad que vigilaba por las noches efectuaba sus revisiones de forma irregular, sin sujetarse a un horario determinado.

Era hombre de rápidas reacciones y, en el acto, apagó la luz de la linterna frontal, levantándose a continuación, para situarse al otro lado de la enorme caja fuerte, más alta que él y que ya tenía a punto de apertura.

El vigilante apareció, haciendo oscilar su linterna portátil. De pronto, uno de los rayos de luz iluminó algo caído en el suelo, al pie de la caja fuerte.

El ladrón maldijo entre dientes. Se le había olvidado recoger uno de los guantes que había empleado hasta entonces y que se había quitado, a fin de trabajar con más comodidad. Luego pensaba limpiar las huellas dactilares, pero la inesperada aparición del vigilante iba a dar al traste con sus proyectos.

El vigilante se acercó a la caja fuerte, con la mano en la culata del revólver.

—Salga quien sea —ordenó—. Salga inmediatamente o haré fuego.

Un puño apareció de súbito y golpeó la mandíbula del guardia quien, sin embargo, no cayó, limitándose a trastabillar. El ladrón, aprovechando la sorpresa, saltó hacia el vigilante, golpeándole de nuevo. El hombre cayó esta vez hacia atrás y, en el desplome, la parte posterior de su cráneo chocó contra el metálico borde de un gran archivador.

El guardia quedó inmóvil en el acto. El ladrón corrió de nuevo a la caja fuerte, terminó de abrirla y, entre los numerosos papeles que había allí, eligió un gran sobre de papel fuerte y color amarillento, que guardó bajo la camisa.

Al terminar, cerró la caja y borró cuidadosamente todas sus huellas. Iba a marcharse cuando, de pronto, reparó en la absoluta inmovilidad del vigilante.

El hombre tenía los ojos muy abiertos y la boca algo torcida. El ladrón se arrodilló y le tomó el pulso.

Meneó la cabeza.

—Mala suerte para ti, amigo —murmuró entre dientes—. Yo no quería hacerlo, pero la vida...

Súbitamente, se le ocurrió una idea. El vigilante muerto y él eran, aproximadamente, de la misma complexión.

El cambio de indumentaria estuvo realizado en pocos minutos, aunque, en realidad, lo que hizo el ladrón fue vestirse con las ropas del guardia muerto que puso encima de las suyas propias. Fue una acción que facilitó totalmente su escapatoria, que se consumó sin el menor obstáculo.

Al llegar a terreno seguro, tanteó con las manos el grueso sobre que llevaba bajo las ropas. Sonrió en la oscuridad. Aquellos papeles valían una fortuna y él esperaba conseguirla muy pronto.

—Su ingreso en la Hailwall Electronics no ha podido ser más desafortunado, señor Gisk —dijo Irving B. Jericho, presidente de la compañía—. Un vigilante muerto y unos valiosos documentos robados, y todo ello a los ocho días escasos de hacerse cargo de la seguridad de la factoría.

Allan Gisk, metro ochenta y cinco, ochenta kilos y hombros de atleta profesional, asintió con vigorosos movimientos de cabeza.

—Tiene usted toda la razón —admitió sin pestañear—. Ha sido mi primer fracaso y por ello pienso dimitir, pero no antes de que haya recobrado esos documentos.

¡Señor Gisk! —Respingó Jericho—. Yo no le he pedido su dimis...

—Permita que me explique, señor —atajó el joven—. Al hacerme cargo de la seguridad de la factoría, aprecié notables fallos en el sistema, que me dispuse a subsanar a la mayor brevedad posible. Uno de dichos fallos consistía en las rondas de los vigilantes

nocturnos, que se efectuaban siempre a unas horas fijas.

—Eso es muy cierto. Siga, señor Gisk.

—Yo alteré el sistema, ordenando que tales recorridos se hicieran irregularmente, de modo que cualquier posible intruso no pudiera estar nunca seguro de la aparición de un vigilante. El hombre muerto así lo hizo, pero olvidó otra de mis instrucciones.

—¿Cuál, por favor?

—Llevar un transmisor portátil y avisar en el acto de cualquier anomalía al cuarto de control nocturno, sin intervenir hasta recibir refuerzos. Un hombre sólo puede ser derrotado fácilmente, como así sucedió, pero si el muerto hubiera hecho lo que yo dispuse, ahora estaría vivo, el ladrón detenido y los documentos seguirían en su sitio.

—No es justo hacer reproches a un pobre hombre muerto —se quejó el presidente de la compañía.

—No se los hago, señor, y bien sabe Dios que querría que siguiese con vida, pero el sistema anterior, y perdone la franqueza, dejaba mucho que desear. Faltaba orden y disciplina, y la relajación de los vigilantes era algo inconcebible. Sólo les hubiera faltado instalarse camas para dormir más cómodamente durante las noches.

—Sí, por eso despedimos al inepto predecesor suyo —convino Jericho—. Pero las cosas están así y ahora lo que nos importa es recuperar esos documentos.

—¿Son muy importantes, señor? —preguntó Gisk.

—Son el producto de años enteros de investigación, una tarea en la cual nuestra compañía ha invertido decenas de millones de dólares, esperando, lógicamente, obtener beneficios algún día. Todas las pruebas de los instrumentos estaban ya realizadas satisfactoriamente y sólo faltaba la revisión de los expertos de la NASA para obtener el contrato del gobierno.

—Ha sido un golpe muy duro, señor, pero imagino que en alguna parte existirán copias de esos documentos, ¿no es así?

—En efecto. No obstante, lo importante no son las copias, sino lo que pueden hacer los compradores de los planos con los originales. Se trata de unos instrumentos altamente sofisticados, un concepto totalmente nuevo de las transmisiones en el espacio, y si esos documentos caen en poder de... digamos manos extrañas, las consecuencias pueden resultar graves para nosotros.

—¿Espionaje extranjero, señor? —dijo Gisk.

—Yo diría más bien que se trata de alguien que quiere los documentos para venderlos al mejor postor, sin importarle su nacionalidad —manifestó Jericho—. Incluso podría venderlos a un compatriota... siempre que le pagasen bien, claro.

—Por ejemplo, ¿cuánto?

Jericho sonrió, a pesar de su disgusto.

—Si fuese al revés, si a mí me ofreciesen esos documentos, yo pagaría sin vacilar hasta diez millones de dólares —respondió.

Gisk emitió un ligero silbido.

—Evidentemente, no es una bagatela —dijo—. Bien, ahora lo que interesa es la recuperación de esos documentos y quiero encargarme de ello personalmente, con una condición tan sólo: manos libres.

Jericho hizo un signo afirmativo.

—Cerraré los ojos a cualquier posible irregularidad, con tal de que lo consiga, señor Gisk.

—Gracias, señor. Tengo entendido que es usted muy amigo del gobernador del estado, ¿no es así?

—Cierto. ¿Adónde quiere ir a parar, muchacho?

Gisk se lo explicó. Jericho se mostró sorprendido en el primer momento, pero luego acabó por acceder.

—Dije que le dejaba las manos libres y no voy a volverme atrás ahora —contestó—. ¿Algo más, señor Gisk?

—Sí, dos cosas. A fin de que la seguridad de la factoría no quede desatendida, creo conveniente que Miles Warburton ocupe mi puesto temporalmente. Es inteligente y competente, y fue el único que se mostró propicio a aceptar las nuevas normas, cosa que él había propugnado siempre, aunque nadie le hiciera caso entonces.

Jericho enrojeció. Parte de aquellos reproches le correspondían a él y lo sabía, por lo que no intentó protestar siquiera de una crítica que, íntimamente, sabía justa.

—La segunda cosa es... —Gisk hizo un gesto significativo con el índice y el pulgar.

—Entiendo. Vaya a ver al cajero; cuando llegue usted, tendrá instrucciones precisas para hacer más fácil su trabajo. Y luego llamaré al gobernador. Me debe muchos favores, ¿sabe?

Gisk sonrió.

—Es hora de cobrárselos, señor —se despidió.

La mujer que estaba al otro lado del cristal blindado era joven, de ojos oscuros y largo cabello negro. Vestía bata gris y en su rostro no había sombra de maquillaje.

Cassie Bernew hizo una mueca al reconocer a su visitante.

—¿Cómo está, teniente? —saludó burlonamente—. ¿Ha venido a refocilarse viéndome detrás de las rejas para ocho años?

Impasible, Gisk hizo un gesto con la mano.

—Siéntate, Cassie, tenemos que hablar. Ah, y para empezar, debes saber que dejé la policía hace un par de semanas.

—Me maravilla —exclamó ella—. ¿Qué le ha pasado? ¿Algún tropiezo?

—He tenido el tropiezo fuera del cuerpo, a los ocho días escasos de haber accedido al nuevo empleo. Era mucho mejor y el sueldo duplicaba el de policía, así que no lo dudé cuando me lo ofrecieron. Pero, como dije, he tenido un tropiezo y necesito tu ayuda.

Cassie hizo un gesto de desprecio.

—¿Ayudarle yo, después de que me consiguiera una condena de ocho a dieciséis años, por algo que no hice? ¡Está loco, si cree que voy a mover un solo dedo en su favor! —contestó casi con violencia.

—En primer lugar, yo no conseguí la condena. Simplemente, me limité a detenerte y presentar las pruebas consiguientes, que tú sabes muy bien fueron acumuladas contra ti por un individuo por el cual habías perdido la cabeza estúpidamente y que luego no hizo nada por sacarte del apuro, contra lo que habías esperado. En segundo lugar, elegiste un abogado inepto, absolutamente incapaz de nada que no fuese empinar el codo...

—¡Pero estoy aquí! ¿No es cierto? —gritó ella descompuestamente.

—Cassie, yo esperaba que tú hicieras algo, mencionando la intervención de tu amigo. Pero callaste, por amor a un tipo que no se lo merecía, y que ahora está en la calle, disfrutando de las agradables compañías de furcias de todos los pelajes y sin que, en casi un año de encierro, haya venido a verte una sola vez. Ni siquiera te envió una felicitación por Navidad.

La joven apretó los labios.

—Es cierto, pero la cosa ya no tiene remedio —contestó.

—Tiene remedio, si me ayudas.

—No diga estupideces...

Fríamente, Gisk sacó un documento del bolsillo de su chaqueta y lo desplegó.

—Tu indulto —dijo—. La directora tiene ya firmada tu orden de libertad, cuando yo le diga que aceptas colaborar contigo. Se quedará el documento de indulto, lógicamente, el cual se te entregará para que quedes libre de todo cargo, cuando hayas realizado a satisfacción el trabajo que te voy a encomendar.

La joven vaciló. Ante ella se abría la perspectiva de permanecer otros siete años en la cárcel, como mínimo, mientras que, si aceptaba la proposición de su visitante, podía quedar libre poco menos que en el acto.

—¿Y si fracaso? —preguntó de repente—. Porque puede ocurrir que no consiga lo que usted desea, aunque ponga en ello mi mayor empeño. ¿Habré de volver a la cárcel?

—Si actúas con honestidad, con el máximo de interés, se considerará que has hecho todo lo que estaba en tu mano y el indulto se mantendrá —respondió Gisk.

Hubo una pausa de silencio. Gisk sintió sobre sí fija la mirada de la joven.

Conocía a Cassie desde hacía algunos años. Aun ahora, sin arreglar, vestida con aquella horrible bata, resultaba guapísima. ¿Por qué había tenido que liarse con un miserable como Frankie Welsh?, se preguntó.

Al cabo de un rato, ella volvió a hablar:

—Explíqueme el asunto, teniente —pidió.

—Lláname por mi nombre, Cassie, como antes —sonrió Gisk.

CAPÍTULO II

Aunque Lefty Royce decía que tenía algo que ver con la famosa marca de automóviles, nadie se lo creía y él tampoco esperaba que se lo creyesen, pero le gustaba decirlo así al primer incauto con el que se topaba, abrigando siempre la esperanza de una invitación. Aquella noche, sin embargo, Royce no había tenido suerte y empezaba a pensar que tendría que irse a la cama con el estómago vacío o poco menos.

De repente, vio una cara conocida y creyó que soñaba.

—No puede ser —murmuró—. Me falta un trago y eso provoca visiones...

La joven, alta, esbelta como una palmera, vestida discretamente, se le acercó con la sonrisa en los labios.

—Sí, soy yo —dijo—. ¿Qué quieres tomar, Lefty?

Royce parpadeó.

—Pero estabas a la sombra...

—He salido. Se probó mi inocencia —mintió Cassie. No tenía por qué declarar públicamente las condiciones en que había sido excarcelada—. Y aquí me tienes, en la calle y... —Abrió el bolso y sacó un par de billetes—. Pide, Lefty; yo invito —añadió.

Royce se pasó la lengua por los labios resecos.

—Hay para una botella...

—Y quedará para que te compres otra mañana.

—Tigresa, acabas de salir de la cárcel y ya te sobra la pasta. ¿A quién se lo debes? ¿Tal vez a Welsh?

Ella puso cara de disgusto.

—No me hables de ese bastardo —contestó—. Y recuerda mi nombre; no vuelvas a utilizar más el apodo, ¿estamos?

—Como tú digas, Tigres..., perdón, Cassie. De modo que no quieres que te hable de tu antiguo amigo, ¿eh?

—¿Qué me vas a decir de ese miserable? ¿Que sigue engañando

a chicas tontas, disfrutando de sus encantos y sacándoles todo el dinero que puede? No, gracias; una vez fui una de esas estúpidas, pero no se volverá a repetir, créeme.

—Muy bien, eso es asunto tuyo —respondió Royce—. Pero, si no me equivoco, esta invitación de tu parte tiene algún significado.

—Es cierto —admitió la joven—. Lefty, ¿recuerdas el asunto de la Hailwall Electronics?

Royce frunció el ceño.

—Sí. Robaron algo y murió un vigilante nocturno...

—Eso es. ¿Quién fue el ladrón?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Qué te interesa a ti, Cassie?

—Lefty, tú no hagas ninguna pregunta. Sólo contesta a las mías, simplemente.

—Está bien, está bien... No te ofendas; yo sólo quería saber...

Cassie hizo un gesto de enojo.

—Mira, Lefty; sé que siempre estás con los bolsillos llenos de telarañas. Éstos son dos billetes de veinte dólares. Tienes para emborracharte una semana seguida; es todo lo que necesitas saber, ¿entendido?

—De acuerdo —contestó Royce—. Pero dime de una vez: ¿qué te preocupa, preciosa?

—¿Quién fue el ladrón?

Royce miró al techo de la taberna con un solo ojo. Estuvo así unos instantes y luego dijo:

—Cayton Wanderer. No pudo ser otro. He oído rumores; la caja fuerte de la H. E., era algo terriblemente sofisticado e imposible de abrir, a menos que se conociera la combinación o se emplearan un par de toneladas de dinamita. Wanderer, sin embargo, era capaz de abrir el mejor cofre blindado del mundo.

—¿Sabes dónde vive, Lefty?

—Calle Treinta y dos, mil novecientos uno.

Cassie sonrió y dejó los billetes sobre el mostrador.

—Una cosa, Lefty —añadió.

—¿Sí, dulzura?

—¿Sabes por qué me llamaban Tigresa en tiempos?

—Creo que, en cierta ocasión, un tipo intentó... aprovecharse de tus encantos. Tú le marcaste la cara con las uñas y aún lleva cuatro cicatrices.

—El tipo quería algo más; no sólo pretendió violarme, sino que quería que luego hiciese las calles para él. Le convencí de que no conseguiría ni una cosa ni otra.

—Bien, pero ¿por qué me cuentas algo que es más que sabido...?

La mano derecha de Cassie rozó el ojo izquierdo del confidente.

—¿Te gustaría perder un ojo, Lefty? Porque eso será lo que sucederá si te vas de la lengua, ¿has entendido?

Royce dio un respingo, a la vez que se ponía la mano en el pecho.

—Cassie, yo, te juro que... —Con aprensión, miró de reojo las afiladas uñas que rozaban su mejilla amenazadoramente.

—Ya estás advertido —se despidió ella.

Cassie salió a la calle. Un coche de color oscuro aguardaba a poca distancia. Al verlo, se encaminó con paso firme hacia el vehículo, inclinándose a continuación hacia la ventanilla del conductor.

—Allan, le dije que no me siguiera. Quiero hacer las cosas a mi manera, sin necesidad de un vigilante a todas horas, ¿estamos?

Gisk no pestañeó siquiera.

—¿Has conseguido algo? —preguntó.

—Tengo una pista, pero no quiero decirle más —respondió ella.

—No quieres darme el nombre, ¿eh? La vieja regla del honor entre ladrones, ¿verdad?

Cassie apretó los labios.

—Hicimos un trato y yo cumpliré mi parte, eso es todo.

—De acuerdo, me iré a casa, pero en cuanto termines... —Gisk sacó algo del bolsillo y lo puso en la mano derecha de la joven—. Ve a verme a mi apartamento, no importa la hora. ¿Entendido?

—Conforme.

Cassie se enderezó y echó a andar calle adelante. Interior mente, Gisk no pudo por menos de admirar la singular gracia de aquel cuerpo que se movía con la facilidad de un gran felino.

—Quizá por eso la llamaban Tigresa —sonrió para sí—. Pero cuando ruge, debe de resultar terrible...

Cassie se perdió en la próxima esquina y él, suspirando, hizo girar la llave de contacto de su coche y lo puso en movimiento para regresar a su casa y aguardar allí la llegada de la joven.

La puerta estaba cerrada, pero a Cassie no le importó. Sabía

cómo abrir una puerta de la que no tenía llave y que ría sorprender al inquilino del apartamento.

El encuentro resultaría así mucho más fácil. Cassie conocía a Wanderer y sabía que, pese a su habilidad, o precisamente por lo mismo, era un individuo tímido, fácil de intimidar.

Y ella sabía cómo meter el miedo en el cuerpo de un hombre, por fuerte y valeroso que fuese. Wanderer hablaría, no faltaría más, se dijo, mientras manipulaba silenciosamente en la cerradura.

Al cabo de unos segundos, tenía libre el paso. Abrió muy despacio y asomó la cabeza.

El apartamento estaba en completo silencio. Lentamente, dio un paso hacia adelante, luego otro y de súbito se detuvo como herida por el rayo.

Wanderer estaba allí, sentado en un diván, con la cabeza inclinada sobre el pecho. Parecía dormido, pero en el centro de la pechera de su camisa se veía una mancha roja, redonda, todavía brillante, que ya empezaba a escurrirse hacia abajo.

Durante unos segundos, Cassie sintió que dejaba de respirar. Luego procuró serenarse.

Wanderer había muerto hacía pocos momentos. La herida, calculó, había sido causada con algún punzón o un objeto por el estilo, porque sangraba relativamente poco.

—Si fuiste el ladrón y pensabas ganar mucho dinero, estabas equivocado —murmuró, como si el muerto pudiera escucharla.

Presintió que ya no encontraría los documentos que buscaba, pero tal vez podía hallar alguna pista. Rehecha de la sorpresa, avanzó unos pasos más, en dirección al dormitorio.

Al cruzar la puerta, percibió a su derecha una respiración levemente sibilante. Antes de que pudiera aprestarse a la defensa, sintió un terrible dolor en la cabeza y cayó de bruces al suelo.

Vagamente, porque no había perdido del todo la consciencia, captó rumor de pasos muy rápidos. Pensó que había sorprendido al asesino, pero, a su vez, éste le había sorprendido a ella. Haciendo un gran esfuerzo, intentó levantarse, pero se notó acometida por una gran debilidad y apoyó el rostro en la alfombra.

Todo cuanto la rodeaba se perdió de vista y se sintió envuelta en un silencio total. Así permaneció durante un buen rato, hasta que, finalmente, empezó a despertar.

La cabeza le dolía bastante, pero supo soportar el dolor. Esperó a sentirse un poco mejor y entonces consiguió ponerse en pie.

En el suelo había un objeto largo y brillante. Era, sin duda, el arma homicida, un abrecartas que había sido afilado por ambos lados, a fin de convertirlo en un objeto que podía matar, porque se hundía en la carne con la facilidad que un cuchillo caliente cortaba la manteca.

Un repentino mareo la acometió de nuevo y tuvo que sentarse. Esperó algunos minutos y luego se dijo que ya era hora de abandonar aquel siniestro lugar. Casi en el mismo instante, percibió el sonido de una sirena que se acercaba a gran velocidad.

Una oleada de pánico la atacó en el acto. Si la encontraban allí, con un cadáver...

Tenía que huir, como fuese, pensó aturdidamente. Huir, esconderse... y dejar que pasara la tormenta.

Dormía como un tronco, cuando, a través de las brumas del sueño, captó el sonido de la campanilla de la entrada, que sonaba insistentemente.

Se despabiló en el acto.

—Ya vuelve la Tigresa —se dijo, a la vez que saltaba de la cama, para ponerse las zapatillas y una bata.

Maquinalmente, miró el reloj de pulsera.

Eran casi las seis de la mañana y ya amanecía.

—¡Caramba, sí que se ha retrasado! —murmuró.

Atándose el cinturón de la bata, caminó hacia la puerta y abrió. Un hombre le apartó bruscamente a un lado y entró como un huracán en la casa.

En la puerta había dos policías de uniforme. Gisk se quedó con la boca abierta, porque, pese a todo, acababa de reconocer al recién llegado.

—¡Jim! ¡Jim Potter! —gritó—. ¿Qué diablos haces aquí a estas horas?

El otro no le hizo caso. Recorrió el apartamento y luego regresó al salón, plantándose ante el joven con las manos en los costados.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Dónde está, ¿quién? —dijo Gisk, que todavía no había salido de su asombro.

—No te hagas el ingenuo, Allan. Demasiado sabes a quién me

refiero. Escucha: fuimos compañeros y somos amigos, pero tú mismo lo dijiste en una ocasión: ante el deber, no hay amistad que valga. ¿Lo recuerdas?

—Sí, desde luego, y sigo sosteniéndolo, pero no entiendo a qué viene esta irrupción en mi casa y a las seis de la mañana...

—Allan —preguntó el teniente Potter—, ¿conseguiste tú el indulto de Cassie Bernew *la Tigresa* por mal nombre?

—Bueno, yo... Lo solicité y lo concedieron, aunque no te voy a dar nombres...

—Es lo mismo. El caso es que la indultaron porque tú lo pediste, ¿no es así?

—Sí. Y, por todos los diablos, ¿quieres explicarme de una vez qué es lo que sucede? —exclamó el joven, que ya empezaba a perder la paciencia.

—He oído rumores, chismes, si tú quieres, pero Cassie salió de la cárcel para realizar algo que a ti te es imposible y que está relacionado con la muerte del vigilante de la H. E. ¿Me equivoco, Allan?

—Es un asunto de alto secreto, no puedo darte detalles, Jim.

Potter se echó a reír.

—¡Alto secreto... y se emplea a una zorra ladrona para recuperar algo robado! —dijo burlonamente.

—¿Quién mejor que un ladrón para robar a otro ladrón? —contestó Gisk en el mismo tono.

Potter adelantó el rostro agresivamente.

—En tiempos, Cassie y tú erais muy amigos. Intimos amigos, diría yo, ¿no es cierto?

—Jim, estás comprando todos los billetes para un buen puñetazo en la nariz.

—Anda, pégame... Estoy deseándolo; así podré meterte a ti también en chirona. Como lo haré con la Tigresa, en cuanto le ponga la mano encima. Y esta vez no le caerán ocho días, sino ochenta, ¿me oyes?

Gisk se puso a temblar interiormente. «¿En qué lío se habrá metido esa estúpida?», pensó, muy desanimado.

—¿Por qué no hablas de una vez y bien claro, Jim? —Solicitó, con la mayor cortesía que pudo.

El teniente Potter se llenó los pulmones de aire.

—Está bien, tú lo has querido, tú cargarás con las consecuencias. Hace algún tiempo, pero antes de entrar en la cárcel, la Tigresa regaló a su amigo Welsh un juego de escribanía completo, muy artístico, ya sabes, tinteros, pluma, bolígrafo, carpeta repujada... y un abrecartas en forma de espada española, de casi treinta centímetros de largo. Bien, el abrecartas ha sido encontrado junto al cadáver de Cayton Wanderer... después de que tu amiguita se lo hubiera clavado en el corazón.

Gisk creyó que se quedaba sin respiración.

—No puede ser —dijo—. Ella no es...

Potter emitió una agria risotada.

—No puede ser, ¿eh? Aguarda a que le ponga la mano encima y verás qué le pasa. Y a ti también, por cómplice, ¿me has oído?

—¡Aguarda un momento, Jim! —gritó el joven—. El estilete no significa nada...

—¿No significa nada? —rugió el policía—. Ayer por la tarde, Cassie estuvo a visitar a Frankie Welsh y éste ha declarado que, al poco rato de marcharse ella, notó a faltar el abrecartas. Por si fuese poco, Welsh tiene una coartada inatacable, ¿comprendes?

Potter se encaminó hacia la puerta. Desde allí se volvió y apuntó con el índice a Gisk, que parecía petrificado.

—¡Sacaste de la cárcel a esa golfa sólo para que cometiera un asesinato y por Dios vivo que lo va a pagar bien caro! —se despidió tontamente.

CAPÍTULO III

Aturdido, desconcertado, creyendo incluso en algunos momentos que todavía estaba en la cama y que se hallaba bajo el influjo de una horrible pesadilla, Gisk se metió en la ducha y dejó que el agua fría corriera por su cuerpo, para hacerle volver a la realidad y recobrar el talante sereno que sabía necesitaba a toda costa.

El arma homicida podía representar una prueba, pero no definitiva. Ello no quería decir contundentemente que Cassie fuese la asesina de Wanderer. Y, por todos los diablos, ¿quién era el maldito Wanderer?

¿El ladrón de los documentos?

—Mantén te sereno, Allan —se aconsejó a sí mismo mientras se frotaba vigorosamente el cuerpo con una toalla—. Tienes que averiguar lo que ha sucedido..., pero no conseguirás nada, mientras no la encuentres a ella y oiga su versión de los hechos.

Al terminar de vestirse, puso la cafetera al fuego. Había sentido la tentación de echar a correr, inmediatamente después de la marcha de Potter, pero sabía de sobra que la precipitación no podía ser sino perniciosa.

Correr alocadamente de un lado para otro no mejoraría la situación de Cassie.

«Ni la mía propia», se dijo amargamente, sabiendo que el policía le consideraba cómplice de la joven a quien había sacado de la cárcel para recuperar unos documentos del máximo secreto.

A continuación se preguntó dónde podía haberse escondido. Potter la buscaba ahincadamente y tendría un montón de agentes sobre su pista. Era lógico pensar, además, que habría situado un par de detectives frente a la casa para seguirle dondequiera que pudiera ir. Potter era demasiado listo para arrestarle, sin pruebas suficientes.

«Lo que quiere es que yo me cueza en mi propia salsa», dedujo

finalmente.

Para confirmar sus sospechas, se asomó a una de las ventanas del apartamento. Sí, allí, parado junto a la acera de enfrente, había un coche con dos individuos dentro.

—En cuanto salga, me seguirán como la sombra al cuerpo —masculló.

Luego empezó a pasearse por la sala, mientras pensaba afanosamente en algún escondite buscado por Cassie, para mantenerse a salvo de la policía. Pero no podría continuar allí indefinidamente; algún día tendría que salir.

—Y, mientras tanto, la misión se ha ido al cuerno —rezongó entre dientes—, ¡Dios, qué éxito en mi primera semana como jefe de seguridad en la H. E.!

Perdería todo su prestigio profesional; nadie querría contratarle ya y de volver a la policía, aunque fuese como simple patrullero, ni soñarlo siquiera.

De pronto, recordó que había alguien en la ciudad que, tal vez, podría darle una pista sobre el paradero actual de Cassie. Casi seguro, aquella persona sabía dónde estaba la chica.

Pero ahora tenía que enfrentarse con el problema de despistar a los dos policías que Potter había dejado con orden de seguirle a cualquier parte que pudiera dirigirse. Al cabo de unos momentos, creyó haber hallado la solución.

En la planta baja del edificio había una floristería. Todos los días, varias furgonetas se detenían a intervalos, tapando justamente la puerta de la casa. Sólo era preciso aguardar a que llegase uno de los vehículos, transportando un cargamento de flores y...

El coche de los policías quedaba oculto cuando llegó la furgoneta. Gisk se metió de un salto en el compartimiento de carga y, al asombrado repartidor que tenía un brazado de flores en las manos, le enseñó dos billetes de diez dólares, que luego le metió en el bolsillo de la blusa de trabajo.

—Soy su pasajero durante tres o cuatro travesías —dijo.

El hombre sonrió.

—Por ese precio, casi podría llevarle a la otra punta del país —contestó jovialmente—. ¿Huye de algún marido celoso, hermano?

—No, de mi suegra.

—Casi es peor —volvió a reír el empleado—. Bien, siéntese

donde pueda; estaré listo antes de cinco minutos.

Cuando la furgoneta arrancó, Gisk sonrió satisfecho. A los hombres de Potter les saldría la barba aguardando a verle en la puerta del edificio.

La mujer que abrió la puerta era de formas exuberantes, rabiosamente pelirroja y, aunque en circunstancias ordinarias, tenía una cara que expresaba un profundo conocimiento sobre todas las cosas de la vida, ahora tenía todo el aspecto de haber sido arrancada a un profundo y reparador sueño.

La bata que vestía apenas ocultaba los generosos contornos de su cuerpo. No era una jovencita precisamente, pero podía aparecer en público sin necesidad de aplicarse sobre la cara una capa de maquillaje de un centímetro de espesor.

Al reconocer a su visitante, dio un respingo de sorpresa.

—Tú... —dijo solamente.

—¿Puedo pasar? —consultó Gisk.

La mujer respondía al poco común nombre de Huberta, y Melvin era el apellido. Ahogando un bostezo, se apartó a un lado.

—Voy al baño, Allan —anunció—. Cuando salga, ¿quieres tener preparado el café?

—Con mucho gusto.

Gisk se encaminó a la cocina. Huberta era propietaria de un pequeño bar, que en aquellos momentos estaba atendido por un encargado. El bar encubría, sin embargo, su verdadera actividad: relaciones públicas... de una clase muy especial.

—Debe de ganarse una pasta proporcionando contactos de hombres con mujeres jóvenes y hermosas —soliloquió el joven, mientras llenaba la cafetera de agua, tras haber echado un vistazo al lujoso apartamento en que residía la pelirroja.

Cuando Huberta salió del baño, Gisk le entregó una taza humeante. Ella tomó unos sorbos, mientras el joven, que sabía ser paciente cuando la ocasión lo requería, esperaba a que se hubiese confortado con el café.

Al cabo de unos momentos, Huberta le miró fijamente.

—¿Y bien, Allan?

—Cassie Bernew —dijo él lacónico.

—La buscan por asesinato.

—Sí.

—He oído las noticias por la radio. Además, me lo han confirmado personalmente.

—¿Quién?

—Dos detectives, enviados por tu colega Potter.

—Excolega... Pero yo creí que te había despertado...

Huberta suspiró.

—Sí, porque vinieron muy temprano, todavía de noche. Luego volví a dormirme, aunque en el intervalo recibí la segunda visita de la madrugada. —Bostezó de nuevo—. Estoy muerta de sueño, Allan —se quejó.

—Son casi las doce del mediodía. He esperado tanto tiempo, para no despertarte prematuramente. También yo recibí la visita de Potter, ¿sabes?

—¿Por qué? —se sorprendió Huberta.

—Es largo de explicar y, además, hay detalles que deben permanecer en secreto. ¿No te extrañó ver a Cassie en libertad?

—Sí, pero como le concedieron el indulto... En realidad, ella no lo hizo, sino ese bastardo de Welsh, aunque éste supo sacudirse bien las pulgas y... Oye, ¿quieres decir que tú has intervenido para conseguir el indulto de la chica a la que tú mismo enviaste a la cárcel?

—Así es, aunque te parezca raro, pero, repito, no puedo darte más detalles. La acusan de la muerte de Wanderer y yo sé que no ha podido ser ella.

—Confías demasiado en la naturaleza humana —dijo Huberta un tanto cínicamente—. ¿Quieres que te diga dónde está?

—¿Se lo has dicho a los policías?

—No.

—¿Me lo dirás a mí?

Huberta volvió a mirarle penetrantemente.

—Con una condición —respondió.

—Habla —pidió Gisk.

—Siempre me has gustado, Allan. Comprendo que éstos no son momentos para efusiones..., pero quiero que me prometas una noche entera. ¿De acuerdo?

Gisk sonrió.

—No es mala condición —calificó.

—Muchos darían algo bueno por conseguir lo que tú vas a tener

sin problemas —rió ella.

—Huberta, ¿tú no practicas nunca lo que aconsejas a tus... recomendadas?

—El general no pega tiros directamente; para eso tiene a los soldados. En ocasiones, sin embargo, se asoma al frente para ver cómo van las cosas.

—Una comparación muy acertada... mi general.

Huberta lanzó otra carcajada.

—Me has hecho una promesa. Debes cumplirla o lo lamentarás —dijo.

Gisk levantó la mano derecha.

—Prometido —dijo, solemne.

—De acuerdo. Encontrarás a Cassie en mi casita de South Blue Hill. ¿Sabes dónde está?

—Sí.

—Ella vino a pedirme que la escondiera, cuando todavía era de noche, a las cuatro de la madrugada, poco más o menos. Le di las llaves de la cabaña y del coche. Está muy asustada, Allan.

—Es lógico. Encontró a un hombre muerto y quieren cargarle el asesinato.

—Cassie no lo hizo. Le rompería la cara a un hombre que quisiera hacerle daño; incluso mataría en legítima defensa, como cualquiera, pero nunca a sangre fría. Y menos a un tipo como Wanderer.

—¿Qué era? ¿A qué se dedicaba?

Huberta movió los dedos de una manera muy especial.

—Hubiera abierto la mejor caja fuerte del mundo, sin conocer su clave —contestó significativamente.

—¡Claro, entonces fue él quien robó la caja de...!

Gisk se calló de repente.

—Perdona, pero no puedo darte más detalles —añadió, tras una pausa.

—Hay cosas que prefiero ignorar —dijo ella sin enojarse—. Pero otros sí tienen también interés por saber lo que hay en este asunto.

—¿Por ejemplo...?

—Después de que se hubieron ido los policías, vinieron dos gorilas: Sharry Cadogan y Lom Pinello. Me preguntaron dónde podrían encontrar a Cassie. Yo les dije que en la cárcel. Ellos me

dijeron que había salido y yo contesté que era la primera noticia que tenía sobre el particular. Parecieron convencidos y se marcharon sin más. —La pelirroja lanzó un profundo suspiro—. ¡Vaya nohecita que me han dado entre unos y otros! —exclamó.

—Esos nombres me suenan, aunque ahora no recuerdo... ¿Qué sabes tú de esos dos tipos?

—Trabajan para Roy Tubbins *el Lagarto*. Tubbins hace cualquier cosa que se le pida, siempre que se le pague bien. Tiene unos cuantos amigos que hacen los trabajos sucios. Cadogan y Pinello son de los mejores... y aprietan el gatillo sin pensárselo dos veces.

—Lo tendré en cuenta, hermosa. ¿Puedes hacerme otro favor?

—¿De qué se trata?

—El arma homicida pertenecía a Frankie Welsh. Éste dice que Cassie fue a visitarla a media tarde y que notó la falta del abrecartas después de que ella se hubiera marchado. Welsh ha presentado una coartada inatacable, según mi excolega.

—Puede que sea verdad —admitió Huberta.

—Pero yo conozco a Welsh un poco y sé que es capaz de haber pagado a alguien para que declare lo que no es cierto.

—Y tú quieres que yo averigüe...

—¿Te costará mucho?

—Moveré mis... tentáculos —sonrió la pelirroja—. Anda, vete tranquilo y procura consolar a esa pobre chica. No es por completo inocente, porque todos somos responsables de nuestros actos, pero sí ha padecido mucho. Ayúdala, ¿quieres?

—Huberta, bajo ese aspecto tienes un corazón de oro. Eres tierna como la miga del pan recién cocido y tan buena como el hada madrina de Cenicienta.

Ella se le apretó de pronto contra su cuerpo y le miró ardientemente.

—Pero el hada madrina de Cenicienta no haría nunca proposiciones descaradas a los hombres —dijo.

—Todos tenemos nuestras debilidades, ¿no? —rió Gisk—. No te olvides —la besó suavemente en los labios—; averigua quién ha mentado para librar a Welsh de una acusación de asesinato.

—Pronto lo sabrás —aseguró Huberta.

CAPÍTULO IV

Jim Potter debía de estar dándose a todos los diablos, pensó Gisk divertidamente, mientras se acercaba en su coche a la ladera de la montaña en que se hallaba la casa de recreo de Huberta Melvin. Seguro de que los detectives que vigilaban su casa, se habrían marchado al ver que había conseguido despistarles, había ido a recoger su coche al *parking* subterráneo del edificio, por no querer alquilar uno en alguna agencia, ya que todas habrían sido advertidas por el policía para que le informasen de sus posibles intenciones sobre el particular.

Poco después, detenía el coche ante la cabaña, de estilo más bien pretencioso, pero situada en un lugar muy agradable. Saltó del coche y, poniéndose las manos a los lados de la boca a modo de altavoz, lanzó un fuerte grito:

—¡Cassie! ¡Sal sin miedo, soy yo!

Unas cortinillas se descorrieron tímidamente en una de las ventanas. El rostro de la joven apareció un fugaz momento tras el cristal. A los pocos momentos, se abrió la puerta y ella apareció en el umbral.

—¿Quién te ha dicho que estaba aquí? —preguntó.

—La dueña. Somos buenos amigos —contestó él, a la vez que, de un salto, se plantaba en la veranda—. Tuviste miedo, ¿eh?

Cassie hizo un gesto afirmativo.

—Estoy segura de que Wanderer robó los documentos, pero luego, alguien le clavó un estilete —dijo.

—El mismo que tú regalaste hace tiempo a Frankie, ¿eh?

El rostro de la joven enrojeció violentamente.

—Ese hombre es mi pesadilla y lo será durante toda mi vida —se lamentó—. ¿Por qué tuve que conocer a un rufián como él?

Suavemente, Gisk la empujó hacia el interior de la casa.

—Todos metemos la pata alguna vez en esta vida —dijo, filósofo

—. Tú no fuiste, ¿verdad?

—¡No! ¡Te lo juro! ¡Estaba ya muerto cuando yo llegué! — exclamó Cassie con gran vehemencia.

—Lo mataron con el abrecartas que regalaste a Frankie.

—Sí, lo reconocí.

—¿Llegaste a tocarlo, Cassie?

—¡No, por Dios! Pero es lo mismo; creerán que limpié mis huellas...

—Frankie ha declarado que notó la falta del abrecartas después de que te marchases de su casa.

—Eso es falso. El abrecartas estaba todavía allí cuando me fui. Precisamente, me fijé en ese detalle, porque le dije que nunca volvería a regalarle nada ni por el valor de una caja de fósforos.

Pausadamente, Gisk se acercó a la cocina y encendió el fuego.

—Es un poco tarde y veo la mesa limpia, de modo que vamos a preparar algo de comida —propuso—. ¿Por qué fuiste a ver a Frankie? ¿Acaso creías que él podía darte una pista sobre los documentos robados?

—No —respondió la joven—. Yo sabía que sólo Wanderer había sido capaz de abrir la caja fuerte de la Hailwall Electronics, pero ya había estado antes en su casa y él no estaba presente. Por tanto, se me ocurrió ir a ver a Frankie, para...

—¿Para qué, Cassie?

Ella le miró afligidamente.

—¿Tengo que decírtelo, Allan?

—¿Se trata de algo vergonzoso?

—Sí —admitió ella con apenas un hilo de voz.

—¿Documentos comprometedores, que puedan cargarte otra condena?

—No, Allan.

—Entonces, no lo entiendo...

—¡Fotografías, tonto! —suspiró ella.

Gisk la contempló críticamente de la cabeza a los pies.

—Viéndote ahora, aunque vestida, estoy seguro de que tienen que ser unas fotografías realmente atractivas —comentó.

Ella levantó la mano bruscamente.

—¡No digas eso! —gritó.

Gisk sujetó su muñeca.

—Seamos sensatos, preciosa —aconsejó—. A mí no me interesan tus fotografías con más o menos ropa y más o menos artísticas. Me interesan los documentos de la H. E. Y el que los robó, ha muerto.

—Se los robarían a él, después de asesinarlo —opinó Cassie.

—¿Frankie?

Ella se encogió de hombros. Gisk fue al frigorífico y sacó huevos y carne. Luego puso una sartén al fuego.

—Prepara la mesa, anda —ordenó—. Wanderer —continuó—, robó los documentos por cuenta de otro. ¿No se te ocurre ningún nombre?

—No, Allan. Yo estaba seguro de que fue él quien lo hizo, y también por encargo de alguien. Esperaba, tal vez, que no hubiese tenido tiempo de entregar los documentos a cambio de la suma prometida, pero no me imaginaba siquiera que iba a encontrármelo muerto.

—Le pagaron con una puñalada y, apostarí algo bueno, lo hizo Frankie.

—¡Frankie! —repitió ella, sorprendida—. ¿Por qué?

—Por dinero, claro. Pero si usó el abrecartas, es que sabía que tú ibas a visitar a Wanderer. ¿Le dijiste algo sobre ese tipo?

—No de un modo directo —respondió Cassie.

—Explícate, ¿quieres?

—Bueno, yo comenté lo ocurrido en la factoría de la H. E., y mencioné una suma muy elevada de dinero como motivo del robo. No cité los documentos para nada, ¿comprendes?

—Claro —dijo él pensativamente—. Frankie creyó que Wanderer había sacado una suculenta tajada de su robo, fue a visitarlo, se enteró de que no era cierto... y le pegó una puñalada con el abrecartas. Iba preparado ya para asesinarlo y cargarte a ti con el crimen, eso salta a la vista.

—Pero si Wanderer no tenía el dinero que él creía, pudo sonsacarle el asunto de los documentos y así pensó que aún conseguiría mucha más pasta, ¿no te parece?

—Sí, es muy posible. ¿Y si hubiera sido Frankie quien encargó a Wanderer que robase los documentos?

—¿Frankie? ¿Iba a meterse en un lío semejante? —se extrañó la joven.

—Cassie, el mismísimo presidente de la H. E., me dijo que, si él

hubiera tenido que comprar esos documentos a una empresa rival, habría pagado sin rechistar diez millones de dólares. Eso te dará una idea de su valor económico. ¿Lo entiendes ahora?

—Entonces, sí, pudo ser Frankie quien encargase a Wanderer del robo —admitió Cassie.

—Y ya pensaba matarlo para no tener que pagarle nada, pero tu oportuna llegada le facilitó las cosas, de modo que pudieran recaer sobre ti todas las culpas. Sobre todo, teniendo en cuenta su coartada que, según un antiguo colega mío, es inatacable.

La carne y los huevos estaban ya hechos y Gisk se dispuso a servir la mesa. Al volverse con los platos en la mano, vio, a través de una de las ventanas, la nubecilla de polvo que se acercaba rápidamente a la cabaña.

—Cassie —dijo con calma—, me parece que se va a retrasar el almuerzo. Viene alguien.

Ella lanzó un gemido de terror al oír las palabras del joven. Gisk, sin embargo, reaccionó rápidamente.

—Huberta te prestó su coche —añadió.

—Sí. Está en la cochera de la parte posterior...

—Sal por la puerta trasera y espérame allí, dispuesta a arrancar en el momento en que te lo diga. No se te ocurra dejarme plantada, porque entonces no podré librarse de las garras del teniente Potter.

—¿Crees que es él quien viene hacia aquí?

—Pudiera ser, pero no lo estimo posible. Encanto, hay más gente que te busca y no precisamente para elogiar tu belleza. ¡Anda, rápido!

Cassie echó a correr. Gisk maldijo entre dientes, lamentando los platos que iban a quedarse como estaban. Luego sacó su revólver y examinó la carga.

—Perfecto —murmuró.

Situado junto a la ventana, observó la aproximación del vehículo sospechoso. A los pocos momentos, el coche viró para detenerse frente a la fachada.

Dos hombres se apearon de inmediato. Uno de ellos indicó al otro que diese la vuelta a la casa.

Gisk comprendió sus intenciones en el acto. Sabían que Cassie estaba allí y querían evitar que escapara por la puerta posterior.

No se entretuvo en pensar cómo lo habían averiguado. Lo sabían

y ello era lo importante. Para evitarlo, corrió hacia la pared lateral y, sin hacer ruido, levantó el bastidor de una de las ventanas.

El sujeto caminaba sigilosamente, pegado a la pared. Gisk se situó en dirección opuesta, con el revólver a punto. Segundos después, vio asomar una cabeza humana a través del hueco.

Golpeó el cráneo con fuerza, usando al mismo tiempo el puño y la culata del revólver. El individuo se desplomó fulminado al pie de la casa.

La puerta delantera se abrió en aquel momento. Gisk giró rápidamente.

Un hombre entró, pistola en mano y, al verle, alargó el brazo. Gisk se agachó velozmente, justo en el momento en que salía el tiro.

La bala le pasó por encima de la cabeza. Gisk apretó el gatillo tres veces en rápida sucesión. El hombre chilló agudamente, manoteó con desesperación y se desplomó de espaldas al suelo.

Inmediatamente, Gisk lanzó un potente grito:

—¡Cassie, ya no hay peligro! ¡Puedes venir sin problemas!

Cautelosamente, se acercó al caído. Meneó la cabeza.

—Deberías haber hecho más ejercicios de puntería —le dijo, aunque sabía que ya no podía oírle.

Cassie entró en aquel momento y lanzó un chillido al ver el hombre con el pecho ensangrentado, tendido en el suelo.

—¡Allan! ¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Tuve que defenderme —replicó él, lacónico—. Eran dos; el otro está fuera.

—¿Muerto también?

—No, sólo desmayado. Pero le haremos hablar.

Gisk enfundó el arma y llenó una jarra con agua. Luego salió de la casa, dio la vuelta a la esquina y vertió el líquido sobre la cabeza del otro sujeto.

El hombre tenía una pistola, que pasó a su poder. Mientras se recobraba, Gisk lo registró, encontrándole un permiso de conducción a nombre de Lom Pinello.

—Entonces, el otro era Cadogan y vinieron aquí por orden de Tubbins —murmuró.

—¿Quién es Tubbins? —preguntó Cassie.

—Un tipo tan poco recomendable como Frankie Welsh.

Pinello se sentó en el suelo, cogiéndose la cabeza con las manos.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado? —preguntó con voz insegura.

—Te cayó encima una tonelada de ladrillos —rió Gisk—. Lom, ¿por qué buscáis a la chica?

Pinello hizo un esfuerzo por recuperarse. Vio a Cassie y apretó los labios.

—Es ella —exclamó.

—Sí, en efecto, Cassie Bernew. Pero ¿por qué la buscabais?

El hampón se encogió de hombros.

—Nos lo ordenaron —contestó.

—¿Tubbins?

—Sí.

—¿Quién contrató a Tubbins?

—Ah, eso no lo sé. El nunca lo dice.

—Claro. Da una orden y hay que cumplirla, ¿no es así?

—Nos paga bien —contestó Pinello evasivamente.

Gisk se volvió hacia la muchacha.

—Creo que aquí ya no tenemos nada que hacer —dijo.

—Sí, pero ¿adónde vamos? —quiso saber ella.

—No te lo voy a decir delante de este tipo, claro. Por cierto. — Gisk se dirigió a Pinello—, tu compinche lo vio mal y se largó en el coche de la señorita.

Cassie puso cara de extrañeza al oír aquellas palabras, pero supuso que el joven tenía algún plan y no quiso contra decirle. Inesperadamente Gisk levantó el pie y golpeó la mandíbula del rufián.

Pinello perdió el conocimiento nuevamente. Gisk agarró por un brazo a la muchacha y la empujó hacia la cabaña.

—Ese sujeto despertará dentro de un rato. No sabe que Cadogan ha muerto y, habiendo oído que se marchó con tu coche, se irá en el suyo rápidamente, pero llevándose el cadáver de su compinche en el maletero. Ellos se arreglarán con el fiambre cuando lo descubran, ¿comprendes?

—El coche no era mío, sino de Huberta —alegó ella.

—Bueno, Pinello no tiene por qué saberlo. Ni se le ocurrirá mirar en el garaje de la parte de atrás. ¿Te trajiste alguna maleta con ropa?

—Sí, sólo lo más indispensable, Allan.

—Bien, vuelve a prepararla y procura estar lista en cinco minutos.

—De acuerdo.

Gisk buscó una manta, con la que envolvió el cuerpo del pistolero muerto, llevándolo al maletero del coche en que había llegado. Luego se lavó las manos y esperó a que saliera Cassie.

La joven salió muy pronto. Momentos después, arrancaban en el coche de Gisk.

—Y ahora, Allan..., ¿he de suponer que vamos a escondernos en alguna parte? —dijo Cassie, pasados algunos minutos.

—Sí, ciertamente.

—¿Dónde, si se puede saber?

—Iremos a un motel cuyo dueño es un buen amigo y callará nuestra presencia allí. Me debe algunos favores, ¿comprendes?

—Tienes muchos amigos, ¿eh?

—Menos que enemigos —suspiró él—. Por cierto, pasaremos por el señor y la señora... Johnson. Smith sería demasiado comprometido.

—Eso significa que hemos de ocupar una misma habitación.

—No te alarmes. El motel tiene habitaciones y *bungalows* independientes. Tomaremos uno de éstos; son muy amplios y disponen de dos dormitorios, más una sala con un diván que se puede transformar en cama, si es necesario. Y, si no te fías de mí, puedes cerrarte por dentro con llave.

—He oído cosas sobre ti, que no son muy tranquilizantes para las damas de buen ver —dijo Cassie con una risita.

—¿Sólo has oído? Creí que en tiempos tuviste tiempo de comprobarlo personalmente —contestó él, socarrón.

—Aquello ocurrió hace un siglo, Allan.

—Sí, parece que sucedió hace más de cien años —convino él melancólicamente.

CAPÍTULO V

Cassie dormía todavía en su habitación del *bungalow*, cuando Gisk se dispuso a salir, aunque no sin dejarle una nota escrita en la pequeña cocina, en la que le decía que debía aguardarle allí hasta su vuelta o hasta que la llamara por teléfono. Una vez listo, subió al coche y emprendió el regreso en dirección a la ciudad.

Una hora más tarde, se detuvo ante una cabina telefónica y marcó un número. Huberta tardó un poco en contestar. Su voz denotaba el sueño que aún la poseía.

—Maldito mil veces el hijo del demonio que me ha despertado tan temprano...

—Acepto las maldiciones, pero contesta a mi pregunta, encanto. ¿Qué sabes de las coartadas de Frankie Welsh?

—¿Eres tú, Allan?

—Espera, voy a sacar un espejito de mano, para verme en él y saber así si soy yo o mi hermano gemelo, el que no llegó a nacer nunca.

—No seas bromista —se quejó la pelirroja—. Estoy que me caigo de sueño y tú...

—Te he hecho una pregunta, muñeca —cortó él, impaciente.

Gisk oyó un fuerte bostezo al otro lado de la línea. Luego, Huberta dijo:

—*Doc* Pappinshaw. Sabes dónde vive, creo.

Gisk dio un respingo.

—¿Cómo? ¿Ese matasanos expulsado de decenas de colegios profesionales por dedicarse a manipulaciones ilegales?

—Creí que la palabra de un tipo como Pappinshaw no tenía validez alguna —exclamó.

—Bueno, ahora es médico naturalista, aunque no se anuncia como tal, sino como vendedor de hierbas medicinales y aromáticas. Pero si tienes una bala en el cuerpo y le pagas bien, igual te la

sacaré, ¿comprendes?

—La cabeza me da vueltas y me está subiendo la presión. ¿Cómo alguien ha podido aceptar la coartada ofrecida por ese asesino de bebés recién concebidos? —se escandalizó el joven.

—Es que, por lo visto, fueron más los que declararon a favor de Welsh, pero yo sólo he conseguido averiguar el nombre de Pappinthew —respondió Huberta.

—Está bien; de todos modos, te doy las gracias. Eres una buena chica, créeme.

—Sí, pero me debes una noche, Allan, recuérdalo.

—Será una noche muy corta, Huberta.

—¿Por qué?

—Nunca te acuestas más pronto de las tres de la madrugada y a mí me gusta ver salir el sol —rió él, a la vez que se disponía a colgar el teléfono.

Cuando salió de la cabina, tomó el camino de su apartamento. Tenía la seguridad de que no estaría vigilado; Potter le andaría buscando por todas partes, menos por su propia casa. Necesitaba cambiarse de ropa y no quería hacerse sospechoso comprando un equipo nuevo y cambiándose en unos grandes almacenes.

Cuando terminó de asearse, oyó el teléfono que sonaba. Cubierto únicamente con una toalla anudada a la cintura, se encaminó a la sala y levantó el aparato.

—Gisk —dijo.

—Buenos días, muchacho. Soy Jericho. Deseo hablar con usted.

—Estoy a su disposición, señor —contestó el joven.

—Por teléfono, no. ¿Puede venir esta tarde, a las cinco, a mi residencia privada? Asistirá también él señor Fahlken. Supongo que ha oído hablar de él, claro.

—En efecto, señor. Creo que es consejero de la compañía...

—Primer vicepresidente —puntualizó Jericho—. No deje de acudir, muchacho.

—Seré puntual, señor.

Gisk colgó el teléfono, con aire meditabundo, preguntándose qué tenía de importante qué decirle el presidente de la Hailwall Electronics, en unión de Sixtus P. Fahlken, su primer vicepresidente. Acabó por encogerse de hombros.

—A la tarde lo sabré —murmuró.

Y ya se disponía a volver al baño cuando, de pronto, oyó el timbre de la puerta.

En los últimos tiempos, pensó, las cosas habían tomado un cariz nada agradable por lo que, a título de precaución, se armó con su revólver, que guardó bajo una segunda toalla, colgada despreocupadamente del brazo derecho. Luego se acercó a la puerta y abrió.

El teniente Potter estaba apoyado en una jamba, con aire negligente, mientras simulaba cuidarse las uñas con una navajita de bolsillo. Gisk decidió ser lo más cortés posible.

—¿Puedo ayudarte en algo, Jim? —se ofreció.

—Traigo noticias para ti, muchacho —contestó el policía—. ¿Me permites el paso?

Gisk hizo un amplio ademán con el brazo izquierdo.

—Mi casa es la casa de mi hermano —dijo, irónico.

Potter se despegó de la jamba.

—Para ti, son buenas noticias —manifestó, sin hacer caso del tono de burla que empleaba el joven—. Me han ordenado que deje de perseguirte.

—Yo no había hecho nada, Jim; demasiado lo sabes. ¿Quieres un poco de café?

—No, gracias. Pero esa orden no alcanza a La Tigresa. Sigue la orden de busca y captura por asesinato.

—Se dice homicidio en primer grado. Y permíteme expresarte mi asombro por algo que me parece inconcebible, Jim.

—¿Sí, Allan? —dijo Potter con expresión de falsa ingenuidad.

—¿Quién diablos aceptó, como coartada, la palabra de un tipo que es el alcaaloide de lo indeseable? Me refiero a *Doc* Pappinshaw, claro.

El policía respingó.

—¿Cómo lo sabes? —Gruñó.

—Tengo mis contactos, Jim; deberías figurártelo.

—A veces, hasta los más mentirosos dicen la verdad, Allan.

—Si se les paga bien, naturalmente. No creo que ese despreciable matasanos, metido ahora a naturista, haya dicho que Welsh es inocente sólo porque le caía simpático.

—Otros declararon también...

—¿Quiénes?

—No puedo decírtelo. Tú no eres el defensor de Cassie Bernew.

—Acabaré por saberlo y procuraré interrogarlos. Jim, esas coartadas son tan legítimas como un dólar impreso en papel higiénico. ¿Algo más?

—Sí. ¿Dónde está Cassie?

—¿Esperas que te lo diga?

—Me gustaría que no protegieras a una asesina...

—Es inocente, hasta que se demuestre que es culpable.

—Si no la detengo, no podrá demostrar su inocencia.

—Sois vosotros los que tenéis que demostrar su culpabilidad, lo sabes demasiado bien. Y como te han ordenado dejarme en paz, eso incluye también a Cassie, ¿lo entiendes?

—Te haré seguir...

—Si lo haces, te demandaré por acoso y coacciones ilegales e injustificadas. No esperarás que me cruce de brazos, ¿verdad?

Potter apretó los labios.

—Encontraré a esa zorra y conseguiré que la encierren por el resto de sus días —se despidió con un fuerte bufido.

Las paredes retemblaron a consecuencia del fuerte portazo que dio Potter al salir. Gisk sonrió primeramente, pero luego se puso serio.

Conocía muy bien a Potter y sabía que, además de duro y tenaz, era astuto como pocos. No sabía quién había dado orden de dejarle a él en paz, pero tenía las manos libres con respecto a Cassie y, si no actuaba con prudencia, acabaría por dar con ella.

De momento, y a fin de ayudar a la joven y conseguir algún día recobrar los documentos robados, empezaría por cambiar unas palabras con *Doc Pappinshaw*.

En la puerta acristalada de la tienda, cubierta bajo una cortinilla enrollable, había el clásico cartelito de «Salí a almorzar». Gisk consultó su reloj y decidió que él podía hacer lo mismo que el sospechoso.

Media hora más tarde volvió al mismo sitio. La puerta y el escaparate de la herboristería estaban ocultas por cortinillas enrollables, ahora bajas y sujetas por las anillas correspondientes.

Gisk frunció el ceño. Conocía un poco a Pappinshaw y sabía que no era hombre capaz de descuidar el negocio tanto tiempo.

—¿Adónde diablos se habrá ido? —masculló.

En aquel momento, llegó una mujer de mediana edad, con un gran bolso pendiente del brazo izquierdo.

—La tienda está cerrada, señora —dijo Gisk.

Ella le miró con curiosidad.

—Joven, usted no tiene aspecto de necesitar los potingues que el doctor prepara con sus hierbajos —sonrió.

—Por fortuna, tengo una salud de hierro —contestó Gisk, también sonriente—. ¿Usted sí necesita esas medicinas naturalistas?

—A mí lo que me sienta mejor es un buen filete con patatas fritas —contestó la mujer con jovial acento—. Soy Madge Bullitt y hago la limpieza de la tienda del doctor, aunque hoy he venido con retraso, porque he ido a visitar a mi hija, que acaba de tener su primer niño.

—Felicidades, señora Bullitt —dijo Gisk.

—Gracias, muchacho. Espero que el doctor no se enfade por mi retraso... Bueno, veo que está almorzando, de modo que abriré con la llave que él me deja siempre. ¿Desea verle?

—Sí, pero le aguardaré en la tienda, si no tiene usted inconveniente, señora Bullitt.

Madge sacó la llave.

—Tiene usted cara de buena persona. Además, ¿qué se va a llevar de aquí? Hierbas, potingues, algún animal disecado... Eso no tiene valor hoy día.

Madge entró y Gisk la siguió. Ella dejó el bolso encima del mostrador y se estiró maquinalmente la falda.

—Esta maldita faja me va a matar algún día —rezongó entre dientes—. Bueno, empezaré por el despacho...

La mujer se alejó y Gisk se apoyó negligentemente en el mostrador. Sacó cigarrillos y el encendedor y ya se disponía a encender uno, cuando, de pronto, oyó un grito estridente.

Gisk se alarmó. Madge salió, tambaleándose como si hubiese bebido en abundancia y con la cara completamente blanca.

—E... el doctor... —tartamudeó—. E... está muerto...

Gisk pasó al otro lado del mostrador y se precipitó hacia el despacho. Desde el umbral, pudo ver los pies del dueño de la tienda, oculta la mayor parte del cuerpo por la antigua mesa de despacho que le servía de escritorio.

Avanzó unos pasos más y vio algo horrible. Casi sintió náuseas, a pesar de que estaba acostumbrado a contemplar espectáculos nada agradables.

Pappinshaw había muerto estrangulado con un cordón de seda que casi no se divisaba, de tan profundamente hincado en la carne del cuello. Su cara expresaba todavía la espeluznante agonía sufrida en los últimos instantes de su vida.

Fuera se oían los mal contenidos sollozos de la señora Bullitt. Gisk se arrodilló junto al cadáver y le tocó la mejilla con los dedos.

Ya estaba frío, pero no por completo. La muerte, calculó, debía de haberse producido apenas unos minutos antes de haber llegado él por primera vez a la herboristería.

Pero todavía había un indicio más: la terrible fuerza física del hombre que había estrangulado a Pappinshaw. Un tipo con una potencia muscular realmente excepcional, se dijo.

¿Quién era el asesino del naturalista?

Casi en el acto, pensó en un nombre, pero ello ya no era cosa suya, sino de Jim Potter.

Lentamente, volvió a la tienda. Madge le miró con ojos húmedos.

—Voy a llamar a la policía —anunció Gisk.

—Sí, señor —contestó ella desmayadamente.

CAPÍTULO VI

Un atildado mayordomo le recibió en la entrada de la lujosa mansión, rodeada por un bien cuidado jardín, en el que abundaba el césped brillante, casi lujurioso.

—Gisk —dijo el joven simplemente.

—El señor le aguarda, señor —contestó el mayordomo—. ¿Tiene la bondad de seguirme?

Guiado por el servidor, Gisk pasó al otro lado de la casa, en una amplia terraza, que daba a una piscina, con un decorativo surtidor en uno de sus ángulos. Allí, sentados bajo un amplio toldo blanco y amarillo, con una mesa bien provista de botellas, copas y hielo, había dos hombres.

Sixtus P. Fahlken, aun sentado, denotaba a primera vista que era hombre de elevada estatura. Tenía los pómulos salientes y los ojos levemente oblicuos, acaso resultado de algún remoto ascendiente oriental, pensó Gisk. Usaba un bigote de guías levemente caídas y perilla un tanto larga y no muy abundante en pelo. Con bonete, coleta y túnica adornada con dragones, parecería el mismísimo Fu-Manchú, pensó el joven en el acto.

—Señores... —saludó cortésmente.

Jericho se levantó en el acto.

—Gracias por venir a vernos, amigo mío —sonrió—. Si me lo permite, le presentaré al señor Fahlken, vicepresidente primero de la compañía. Sixtus, éste es el joven de quien tanto te he hablado.

—Celebro infinito conocerle, señor —dijo Gisk.

—El placer es mío, muchacho —respondió Fahlken.

Al mismo tiempo, y aunque sin levantarse, tendía su mano a Gisk. El joven la estrechó con moderada presión. Los dedos de Fahlken carecían de calor, pero poseían una fuerza interna, no meramente física, que le hicieron creer estrechaba una mano del más duro acero.

Jericho llenó en parte un vaso, puso un par de cubitos de hielo y se lo tendió al joven.

—Amigo Gisk, quiero pedirle un favor. Más que una orden, claro.

—Estoy a su disposición, señor. ¿De qué se trata?

—Vuelva a su puesto con toda normalidad. Ya no hace falta que se preocupe de los documentos robados.

Gisk se sobresaltó al oír aquellas palabras.

—¿Quiere decir que... los han devuelto?

Jericho soltó una risita.

—El ladrón perdió el tiempo, aunque no podemos por menos de lamentar la muerte del vigilante que le sorprendió en el momento de abrir la caja fuerte. Simplemente, los documentos no estaban allí, eso es todo.

A Gisk aquellas palabras le sonaban a una falsa declaración. ¿Por qué?, se preguntó.

—Bien, si los documentos han aparecido...

—Por supuesto, el indulto de la señorita Bernew se mantiene en todos sus extremos, señor Gisk —intervino Fahlken con voz lenta y claramente modulada.

—Les doy las gracias en su nombre, caballeros —contestó Gisk—. ¿Algo más, señor Jericho?

—Eso es todo por hoy, amigo mío —repuso el aludido—. ¿No toma un trago de su copa?

—Muchas gracias, señor, pero no me apetece. Con su permiso... Señor Fahlken —se despidió.

—Adiós, señor Gisk —contestó el sujeto.

—Mi mayordomo ha dicho que iba a salir —manifestó Jericho—. A propósito, Allan, ¿me aceptaría un cigarro, ya que no ha querido tomar una copa?

Gisk se desconcertó momentáneamente. Era una oferta inesperada, pero le pareció que encerraba una especie de silenciosa demanda, que no podía ignorar.

—Con mucho gusto, señor —sonrió.

Jericho sacó el cigarro del bolsillo superior de su chaqueta y lo puso en el del joven.

—Después de una buena cena, le hará sentirse en el cielo o poco menos —sonrió—. Sixtus, con su permiso voy a acompañar a este

joven.

—Sí, claro.

Mientras avanzaban a lo largo del jardín, Jericho habló de temas indiferentes. Al llegar a la verja de hierro, sonrió y estrechó la mano del joven.

De pronto, tosió y se puso una mano en la boca.

—No se fume el cigarro —dijo en voz muy baja, entre tos y tos. Alzó el tono—. Creo que voy a tener que dejar el tabaco, Allan.

—Sí, es muy perjudicial —convino el joven.

Con toda naturalidad, subió al coche. Fahlken estaba a poco más de veinte metros de distancia, pero creyó que su mirada le taladraba el cráneo.

—¿De dónde diablos ha salido ese tipo con aspecto de malo de película? —masculló entre dientes, a la vez que hacía arrancar el coche.

A pesar de que le dominaba la impaciencia, supo contenerse hasta llegar a su casa. Una vez allí, se cerró con doble vuelta de llave, sacó el cigarro y, con la ayuda de una navajita, empezó a destriparlo.

Muy pronto encontró un delgadísimo cilindro de papel que, sin duda, había sido introducido allí deliberadamente. Al desenrollarlo, encontró que contenía un mensaje muy breve, compuesto solamente por dos palabras, pero altamente significativo:

¡SIGA ADELANTE!

Al atardecer de aquel mismo día, entró en un local de relativa elegancia y bastante concurrido, dirigiéndose inmediatamente hacia una puerta situada al fondo.

Un camarero intentó cerrarle el paso.

—¿Está citado con el jefe? —preguntó.

Gisk le miró con la misma atención que hubiese mirado a un vulgar insecto. El camarero se sintió repentinamente incómodo.

—Creo que le conozco, señor —añadió, inseguro.

—Todavía me conocerá mejor si no se aparta a un lado —dijo el joven heladamente.

—Sí, claro, sí, señor... Usted es de confianza... El señor Tubbins no tendrá inconveniente en recibirle en el acto...

—Celebro infinito su comprensión —sonrió Gisk. Y, sacando un billete de cinco dólares, lo metió en el bolsillo de pecho de la chaquetilla blanca—. Tómese unas copas a mi salud, amigo.

El camarero bajó la voz:

—En otra parte, señor. En confianza, aquí los matarratas auténticos tienen mejor sabor que el *whisky*.

Gisk soltó una risita. Luego empujó la puerta y se halló en un corredor al que daban otras puertas. Sin vacilar, se encaminó hacia la situada en el punto más alejado y la golpeó con los nudillos, abriendo sin perder un segundo.

Roy Tubbins estaba detrás de una mesa de trabajo, repasando unos libros de cuentas. A su lado, en pie, pero algo inclinado sobre la mesa, había un sujeto medio calvo, con lentes de cerco de oro y rostro de búho.

Había dos hombres más en la estancia. Uno de ellos conservaba en el mentón la huella de un puntapié. Lom Pinello dirigió al joven una mirada rebosante de ferocidad.

El cuarto individuo era un gigante de más de dos metros diez y casi ciento veinte kilos de peso. Su enorme corpulencia quedaba un tanto contrastada por la cabeza, ridículamente pequeña en comparación con el resto del cuerpo.

El rostro de Elmo Rourk era casi infantil y más de uno le había tomado por un retrasado mental. No lo era, pero tampoco se distinguía por sus grandes luces.

Al ver a Gisk, Tubbins se enderezó y le miró con hostilidad.

—¿Qué diablos viene a hacer aquí, teniente? No le he invitado a entrar, me parece —barbotó.

—Tendrías que haber añadido que podría costarme caro, pero como ya no estoy en la Policía, los legalismos me tienen sin cuidado. Lom, ¿qué tal la sorpresa que te encontraste en el maletero del coche? ¿Lo arrojaste ya al vertedero municipal? ¿O lo has hecho incinerar?

Pinello enrojeció violentamente.

—Era un buen amigo. Algún día lo pagará —contestó.

—Sí, es probable. —Gisk se volvió hacia Tubbins—. Roy, ¿quién te pagó para que buscaras a la chica?

—¿Debo decírselo? —preguntó el aludido burlonamente.

—Hombre, si eres tan amable...

—Tengo buenos clientes. Nunca les delato.

Gisk simuló frotarse las uñas de la mano.

—Entonces, uno de esos clientes te ordenó apiolar a *Doc Pappinshaw*, ¿verdad?

—No sé nada de eso —contestó Tubbins secamente.

—Al exmatasanos lo encontraron con una cuerda al cuello, tan profundamente metida en la carne, que apenas si se veía. Eso demuestra que el asesino poseía unas fuerzas descomunales. Como tú, por ejemplo, Elmo.

El gigante soltó un bufido.

—Yo no fui. Puedo demostrar mi coartada —declaró.

—Bueno, eso ya se verá cuando terminen los estudios del laboratorio. ¿Sabes?, ahora se utilizan unos procedimientos tan sofisticados, que son capaces de encontrar las huellas dactilares de una persona en la arena de la playa. Y no digamos por tanto en un cordón de seda, como el que alguien utilizó para liquidar a Pappinshaw. Cuando se examinen esas huellas, se verá si son tuyas o de otro, Elmo.

La boca de Rourk estaba abierta como una O gigantesca. Gisk se volvió hacia Tubbins y le dirigió una amplia sonrisa.

—Gracias por haberme recibido, Roy. Puedes seguir con tus libros de cuentas, sumando las cantidades que sacas con métodos amistosos a la gente que no necesita tu protección. Pero ten cuidado con tu contable. Johnny Rudero ya estuvo una vez condenado por desfalco, ¿sabes?

El hombre de la cara de búho se sobresaltó.

—¡Eso no es cierto! —chilló—. Roy, no le creas...

—Roy, consulta los archivos de la Policía y de los tribunales y verás que no te miento. Claro que entonces no se condenó a Johnny Rudero, sino a Jamie Rusallo. Adiós a todos, amigos —finalizó su estancia.

Al salir a la calle, se desvió inmediatamente hacia su derecha, en busca del oscuro callejón al que daba una de las fachadas laterales del local de Tubbins. Presentía lo que iba a suceder.

No se podían encontrar unas huellas digitales en un cordón de seda, pero, claro, los otros no lo sabían. En una época de tantos adelantos, habrán pensado que los científicos son capaces de todo, se dijo, mientras aguardaba pacientemente en la oscuridad del

callejón.

A los pocos momentos, oyó pasos precipitados. Una enorme silueta apareció ante sus ojos.

Rourk se detuvo irresoluto, contemplando el panorama urbano. La calle era amplia y recta, tendría que haber visto al expolicía alejarse a pie, puesto que el portero de la entrada no había divisado ningún automóvil. Rourk ignoraba que el coche del joven había quedado a buena distancia y que no se hallaba por tanto a la vista.

Cuando se disponía a reanudar la marcha, Gisk siseó suavemente:

—Eh, Elmo, aquí...

Rourk se volvió en el acto.

—¿Es usted, teniente?

Gisk retrocedió algunos pasos. El callejón estaba más oscuro al fondo, sobre todo, porque se hallaba cerrado por una valla de madera, de unos dos metros y medio de altura.

—Aquí, Elmo —llamó.

El gigante avanzó con gran cautela. Gisk se preparó para actuar. Del interior de la manga izquierda de su chaqueta, sacó una larga y flexible varilla de acero, forrada de tela fuerte, cuyo grueso no alcanzaba apenas al centímetro.

Tiempo atrás, se la había quitado a un hampón, aunque le había dejado marchar, en gracia a ciertos informes que le había proporcionado. La varilla no impedía cierto movimiento del brazo izquierdo, ya que tenía casi medio metro de longitud y era muy flexible, pero, bien manejada, podía ser un arma terrible.

Rourk se acercó más todavía. Puesto que estaba a contraluz, Gisk le vio una cuerda fina, sujeta con las dos manos, ahora enguantada.

—Te has tragado la fábula, ¿eh? —dijo.

El gigante, sorprendido, se volvió hacia su derecha. Había alcanzado a Gisk antes de lo que esperaba y ello le hizo perder la iniciativa.

La varilla de acero le golpeó cruelmente la nariz. Rourk lanzó un gemido y soltó la cuerda, para llevarse las manos al lugar afectado por el latigazo.

Implacable, Gisk golpeó sucesivamente las dos rodillas del

descomunal sujeto. Rourk, incapaz de resistir el dolor, se arrodilló en el suelo.

—Basta —gimió—. No me pegue más...

Sin abandonar las precauciones, Gisk se inclinó hacia Rourk.

—Estrangulaste al matasanos —acusó—. Y la coartada que dices poder presentar, es falsa.

—Me lo mandó él... —dijo Rourk, completamente desmoralizado.

—¿Te refieres a Roy?

—Sí... El lo ordenó...

—Pero a él se lo mandó otro. No lo niegues, tienes que saberlo a la fuerza. Roy os oculta muy pocas cosas.

Rourk asintió. Gisk se sentía asombrado de que un hombre de semejante volumen pudiese acobardarse tan fácilmente.

Pero era, se dijo, porque había topado con un adversario que no se dejaba intimidar. El valor de Rourk crecía a medida que disminuía el de su contrincante oponente.

—Muy bien, Elmo. Dime ese nombre y te dejaré marchar.

—¿No... no me arrestarán por encontrar mis huellas en el cordón de seda?

Gisk contuvo a duras penas una risotada de burla. A aquellas horas, la Policía estaría buscando a tipos con una gran fuerza física. Rourk sería uno de los principales sospechosos.

Pero no se lo quiso decir. Aunque fuese un sujeto despreciable, Pappinshaw, al fin y al cabo, era un ser humano y Rourk había cortado el hilo de su existencia.

—Creo que no —mintió—. Vamos, dílo de una vez.

—Sí... Fue Frankie Welsh...

«Me lo imaginaba», pensó Gisk en el acto.

—¿Estuvo en el local?

—No, por teléfono.

—¿Qué dijo?

—Bueno, Frankie habló de que el matasanos hablaba demasiado... También dijo que Roy le debía algunos favores y que ya era hora de empezar a pagarlos... Roy le contestó que no se preocupase, que la cosa estaba hecha...

—Y luego te dijo que lo hicieras tú.

—Sí, es cierto.

—Eso es todo, Elmo. Ya puedes marcharte.

El gigante hizo un esfuerzo y se puso en pie. Caminando torpemente, se acercó a la salida del callejón.

Cuando estaba a cuatro o cinco pasos, una sombra apareció súbitamente, destacando con nitidez contra el fondo iluminado de la calle. De la parte más oscura de aquella silueta brotaron repentinamente varios fogonazos anaranjados, a la vez que se escuchaban otras tantas detonaciones.

Una bala erró su blanco, porque Gisk percibió claramente el silbido al pasar demasiado cerca de su cuerpo. Reaccionando con fulgurante rapidez, porque comprendía que aquel lugar se iba a volver muy incómodo en un plazo brevísimo, giró sobre sus talones y corrió hacia la valla de tablas.

Saltó hacia arriba, se agarró al borde y pasó al otro lado en un santiamén. Apenas cinco minutos más tarde, entraba en su coche y se alejaba a velocidad moderada, a fin de no despertar sospechas.

Las cosas se habían complicado durante el día más de lo que esperaba. A pesar de lo que le había dicho Potter, no confiaba demasiado en que no hubiera dejado algún detective para vigilar sus entradas y salidas de su casa, por lo que optó por buscar otro lugar para pasar el resto de la noche y poder descansar sin complicaciones.

CAPÍTULO VII

Cuando entró en el *bungalow*, vio una luz encendida al fondo. Avanzó en silencio y se asomó a la puerta del dormitorio.

Cassie estaba profundamente dormida, con un libro junto a su mano derecha. Las ropas de la cama cubrían solamente la mitad inferior de su cuerpo. Los tirantes del liviano camisón se habían escurrido y el hermoso pecho quedaba prácticamente al descubierto.

De pronto, ella pareció percibir su presencia y abrió los ojos.

—¡Allan!

Gisk sonrió.

—Los tienes muy bonitos, Cassie —elogió.

Ella enrojeció, mientras se cubría los senos con el embozo de las sábanas.

—No sabía que fueses un perverso mirón —dijo, resentida.

—Sólo cuando se presenta la ocasión y entonces no vuelvo la vista. Los mirones perversos lo buscan a todas horas y en todas las circunstancias, y hasta pagan por ello.

—Está bien, dejemos el tema. ¿Qué novedades traes, Allan?

Gisk bostezó.

—Estoy muerto de sueño, pero puedo contarte algunas cosas. Desde luego, te siguen buscando. Aún creen que mataste a Wanderer.

—Yo no lo hice —protestó ella—. Estaba ya muerto y, ya te lo he contado, sorprendí al asesino, aunque no pudiera verle. Me golpeó, perdí el conocimiento...

—Sí, sí, todo eso ya lo sabemos. Pero lo más sorprendente es que se me ha ordenado oficialmente que abandone las investigaciones.

—¿Cómo? —Se sobresaltó Cassie, que se disponía a dejar la cama.

—Ya lo has oído. Jericho me citó a su residencia. Estaba allí con

su primer vicepresidente, Fahlken, y me dijeron que ya habían encontrado los documentos. Luego, Jericho me entregó un mensaje secreto, en el que me ordenaba seguir adelante.

Gisk meneó la cabeza y añadió:

—No lo sé de cierto, pero presiento que Fahlken tiene algo que ver con el asunto. Jericho parecía, incluso, amedrentado, aunque todavía no he podido hablar a fondo con él y conocer sus verdaderas intenciones.

Cassie se puso una bata, ya en pie.

—¿Has dicho Fahlken?

—Sí, Sixtus P. Fahlken, vicepresidente primero de la H. E. ¿Es que lo conoces?

—Personalmente, no, pero... Anda, ven a la cocina y te prepararé algo de café. ¿O prefieres mejor tomar un bocado?

—Ya he cenado, gracias. Me conformo con el café.

Gisk siguió a la muchacha hasta la cocina. Encendió un cigarrillo y se reclinó indolentemente en la pared.

—Habla, Cassie —solicitó.

—Yo nunca tuve tratos con él, aunque sé que sus agentes intentaron atraerme a sus filas —explicó ella, mientras trasteaba en la cocina—. Fahlken tenía un burdel de lujo, de los verdaderamente caros, donde te cobraban hasta el aire que respirabas. Si tenías suficiente dinero, podías conseguir la mujer que se te apeteciese... y si te gustaba disfrutar con más de una, también podías hacerlo. Naturalmente, estaba disfrazado bajo la capa de un club nocturno, reservado solamente a los socios, que lo eran, mediante el pago de una cuota inicial de cinco mil dólares.

—En resumen, un prostíbulo para gente adinerada.

—Ninguno de los clientes era un mendigo, por supuesto. Fahlken ganó allí una verdadera fortuna, aunque un buen día se le estropeó el negocio, cuando una de las chicas murió desangrada. Un médico complaciente firmó el certificado de defunción por causas naturales, pero todo el mundo sabía que fue un asesinato, cometido por un salvaje que no supo dominar sus peores instintos. Fahlken pudo salir bien librado en aquella ocasión y, como no es tonto, decidió invertir su fortuna en negocios lícitos y nada comprometidos.

—Como, por ejemplo, acciones de la Hailwall Electronics.

—Sí, supongo que sí, puesto que ahora es primer vicepresidente. Yo te lo digo para que lo tengas en cuenta, porque sabes, tan bien como yo, que hay tipos que no abandonan sus malas mañas jamás. Ya estás advertido, Allan.

—Gracias, encanto. Eres una chica de todas prendas, Cassie. Ella le miró de reojo.

—¿De veras piensas eso de mí? —preguntó.

—¿Por qué no? Cualquiera puede tropezar en la vida. Pero, si se sabe levantar y caminar erguido, ya no hay por qué hacerle reproches.

—Tuve una temporada muy agitada, nada recomendable.

—Eso se puede olvidar, Cassie.

—Lo veo difícil. —Ella sacó la cafetera del fuego y llenó un pocillo—. Hay cosas que se pegan a la espalda de una persona para el resto de sus días.

—Como el caparazón de una tortuga, ¿verdad? Te diré una cosa: con el tiempo, todo se olvida.

—En mi caso, no, Allan. Si me encuentran, iré a parar a la cárcel, acusada de asesinato. Y el indulto quedará anulado, así que ya te puedes imaginar qué panorama me aguarda.

—Todo se arreglará, ya lo verás. Peor que tú lo tienen *Doc Pappinshaw* y *Elmo Rourk*. Están muertos.

Cassie respingó.

—Oí hablar de *Pappinshaw*, pero no conocía a ese tal *Rourk*. ¿Qué les ha pasado?

—*Rourk* estranguló a *Pappinshaw*, que era una de las coartadas de *Frankie*. Luego yo le puse la mano encima y conseguí que me confesara haber obrado por orden de *Tubbins*, pero que éste lo hizo como un favor a *Frankie*. Entonces, alguien le metió unas cuantas balas en el cuerpo... Todavía no hace ni dos horas que mataron a *Rourk*.

—Y todo eso, ¿qué relación tiene con mi caso?

—Muy sencillo. A *Pappinshaw* le pagaron para que fuese una de las coartadas de *Frankie*, con lo cual sigues cargando con las culpas de la muerte de *Wanderer*. *Pappinshaw*, me imagino, debió de pedir más dinero, cuando se olió que era un asunto de millones y *Frankie* no quiso correr riesgos de que hablase, a pesar de todo, por lo que ordenó su muerte. Y luego, como se tragaron la fábula que les

conté, decidieron eliminar a Rourk para que no hablase, caso de que lo arrestaran.

—¿A qué fábula te refieres, Allan? —inquirió Cassie, llena de curiosidad.

Gisk soltó una risita.

—Pappinhaw murió estrangulado con un cordón de seda y yo les dije que ahora hay procedimientos tan sofisticados, que permiten encontrar huellas dactilares en cualquier parte. Se asustaron, por lo visto, aunque también pensaron que Rourk, un sujeto gigantesco, de una fuerza física descomunal, acabaría por ser localizado y arrestado. Muerto, no hablaría, claro.

—¿Sospecharían de él, a pesar de tu trampa?

—Claro. La cuerda apenas se veía, tan hundida estaba en la carne del cuello de Pappinhaw. Eso sólo puede hacerlo un tipo con las fuerzas de un hércules.

—Siento escalofríos nada más de pensar en ello —confesó la joven.

Gisk acabó el café y volvió a bostezar.

—Perdona —se disculpó—, pero estoy muerto de sueño y aquí sé que podré dormir sin preocupaciones. Mañana, desde luego, procuraré ver a Frankie.

—¿Qué le dirás, Allan?

—Entre otras cosas, mencionaré ciertas fotografías que tiene en su poder —respondió Gisk.

Ella enrojeció.

—Aparezco desnuda, con otra chica —explicó—. No vayas a pensar que me retrataron con hombres. Pero alguien puede tomarlas en cierto sentido, nada agradable.

—¿Cómo es eso, Cassie?

—Eran, según me dijo él, para una agencia de publicidad. La otra chica y yo corríamos desnudas por un prado lleno de flores. Hay un templete de estilo griego y algunos pueden pensar mal de nosotras. Mi amiga está ahora casada, tiene dos niños y es muy feliz.

—Dos hermosas doncellas, un templete griego, Safo, Lesbos...

—Algunos pueden pensar eso, Allan —dijo Cassie con voz tensa.

—Recobraré las fotografías —prometió él—. Buenas noches, encanto.

Ella sonrió con dulzura.

—¿A qué hora te despierto? —consultó.

La secretaria que estaba en el antedespacho, miró al joven con desconfianza.

—¿Ha dicho Gisk, señor? —preguntó.

—Sí, Allan Gisk, exteniente de Policía, señorita.

Ella consultó una libreta y meneó la cabeza.

—Lo siento, señor; su nombre no aparece en la lista de visitas concertadas. Lo anotaré para otra ocasión...

—El señor Welsh se ha convertido ahora en un importante hombre de negocios, ¿eh? —dijo Gisk sarcástico—. Está bien, monada, ya verá cómo me recibe a mí inmediatamente.

Y antes de que la asombrada secretaria pudiera adivinar sus intenciones, Gisk se inclinó hacia el interfono, dio el contacto y exclamó:

—Hola, Frankie, soy Allan Gisk y te traigo un recadito de parte de Cassie Bernew. ¿Quieres escucharlo?

El joven se irguió, miró sonriendo a la secretaria y luego puso el índice derecho sobre su reloj de pulsera.

—Vamos a hacer la cuenta atrás —dijo alegremente—. Diez, nueve, ocho, siete... Tres, dos, uno... ¡Cero!

La puerta del despacho situado al fondo se abrió en aquel momento. Welsh apareció en el umbral, con el rostro tenso por la furia.

—Pase, teniente —dijo con seco acento.

Gisk hizo un gesto con la mano.

—Muñeca, borre mi nombre de la lista de visitas concertadas —indicó.

Luego avanzó hacia la puerta junto a la cual se mantenía Welsh.

—Tenemos muchas cosas que contarnos, Frankie —dijo desenvueltamente—. ¿Cómo te van los negocios? Ah, estupendamente; no hay más que admirar el lujo de este despacho... Cuero del bueno en los sillones, caoba en los muebles... ¿O es teca, Frankie? Ese cuadro que veo en la pared, ¿es auténtico o se trata de una buena copia?

Welsh seguía mostrándose hosco y nada acogedor. Era un hombre próximo a los cuarenta, muy apuesto y vestido con gran elegancia.

—Dispongo de poco tiempo, teniente —manifestó, lacónico.

Gisk se sentó en un ángulo de la mesa y sacó un cigarrillo.

—El abrecartas estaba aquí, cuando Cassie se marchó, poco antes de que Wanderer fuese asesinado —dijo.

—Esa chica es una mentirosa. Miente desde que nació —respondió Welsh desabridamente.

—O sea, tus coartadas son legítimas.

—La Policía no tiene duda alguna sobre el particular.

—Sobre todo, después de la muerte de Pappinhaw, que podía resultar un elemento digamos perturbador en tus manifestaciones de inocencia, ¿verdad?

—Yo no he tenido nada que ver con eso. Todo son fantasías suyas, teniente.

—Primero, ya no estoy en la Policía. Segundo, Elmo Rourk murió asesinado ayer, pero demasiado tarde para los que ordenaron su eliminación. Elmo me dijo que tú le pediste un favor a Tubbins, respecto al *Doc*. Y Tubbins, claro, envió a aquel mastodonte bípedo a cumplir tu encargo.

Welsh sonrió desdeñosamente.

—Aunque fuese cierto, usted no podría probarlo —contestó.

—Frankie, mucho me temo que esta vez te has metido en un lío de los gordos. Desaparecieron unos documentos muy importantes, del máximo secreto, y el Gobierno va a meter la nariz en ello. Wanderer los robó, de ello no hay duda alguna y tú fuiste a recogerlos, porque, sospecho, él se negaba a entregarlos, al haberse enterado de que no se trataba de un simple secreto industrial, sino de algo infinitamente más valioso. Por tanto, debió de exigir más dinero, tú no quisiste dárselo... fuiste a entrevistarte con él, sabiendo que Cassie también lo buscaba y, como suponías que ella iría más tarde, te llevaste el abrecartas que aquella tonta te regaló hace años. Y ahora, los documentos están..., ¿dónde, Frankie?

—Tiene usted una fantasía asombrosa, aunque algunos podrían decir que delira, Allan Gisk. Niego rotundamente todo lo que ha dicho. Y si me cree culpable, ¿por qué no me denuncia a la Policía?

Gisk aplastó su cigarrillo contra el cenicero.

—Frankie, ¿dónde están las fotografías que hace tiempo se tomaron de Cassie y una amiga suya y que, aparentemente, eran para publicidad?

Sorprendido, Welsh se agitó en su sillón.

—¿Por qué las quiere? —preguntó.

—Me gustaría recobrarlas, eso es todo.

—Le propongo un trato, Allan.

—¿Sí, Frankie?

—Tendrá las fotografías y los negativos, si se olvida de este asunto.

—Luego reconoces tu culpabilidad —sonrió el joven.

—No admito nada. Simplemente, digo que tendrá las fotografías y los negativos, a cambio de su... amnesia.

Gisk se apeó de la mesa.

—Frankie, no puedo aceptar ese trato. No es agradable que alguien saque a relucir, pasado algún tiempo, ciertas fotografías de dos hermosas muchachas en traje de Eva, pero tampoco es una cosa de grave importancia en los tiempos en que corremos. Ni aunque Cassie estuviese fotografiada en actitudes pornográficas con uno o varios hombres, aceptaría el trato.

—A su gusto, Allan —dijo Welsh, impasible.

—Entonces, quedan rotas las hostilidades.

Welsh hizo un gesto con las manos.

—Sabré defenderme. Y hasta devolver diez golpes por cada uno que reciba —contestó.

—Sólo recibirás uno y ya no podrás devolverlo —prometió Gisk acerbamente.

Caminó hacia la puerta y, desde allí, se volvió, mirando a su interlocutor con dureza.

—Frankie, éste no es un asunto vulgar de drogas, o contrabando, o extorsión. Se trata de algo cuya importancia no se puede calcular y acabarás mal si no tratas de dar marcha atrás. Aún estás a tiempo, no lo olvides.

Abrió la puerta, salió y pasó rápidamente por delante de la secretaria, que todavía parecía asombrada por su actitud. Gisk pensó que aún tenía que averiguar quiénes eran las personas que habían proporcionado sus coartadas a Welsh. Si conseguía superar aquel obstáculo, Welsh tendría que rendirse y declarar adónde habían ido a parar los documentos.

Lanzando un suspiro, consultó la hora de su reloj.

—No tendré más remedio que aguardar a las tres de la

madrugada —murmuró, pensando en que, después de todo, un rato de diversión con Huberta Melvin no le iba a causar ningún daño.

CAPÍTULO VIII

Huberta Melvin entró en su apartamento y, sacudiendo los pies sucesivamente, lanzó los zapatos a lo alto. Tiró a un lado el bolso y la estola de piel con la que se cubría los hombros desnudos y luego se soltó la cremallera de la espalda de su traje.

La prenda cayó al suelo. A medida que avanzaba hacia el dormitorio, Huberta iba perdiendo más elementos de su indumentaria. Cuando se sentó en el borde de la cama, ya sólo le quedaban las medias, de las que se despojó antes de darse cuenta de que había alguien más en la habitación.

Estaba en lado opuesto de la cama y la miraba con la sonrisa en los labios.

—Un espectáculo maravilloso, el mejor *strip-tease* que he visto en mi vida —dijo Gisk—. ¿Siempre entras así en casa, dejando un reguero de ropas por el camino?

—Estoy muerta de cansancio —se lamentó ella, sin inmutarse por su absoluta desnudez—. Allan, por favor, te perdono la promesa, pero déjame dormir. He tenido una noche muy movida...

—¿Clientes con ganas de armar gresca, tal vez?

Huberta se tendió en la cama, cubriéndose con las sábanas, y estiró las piernas voluptuosamente.

—Apaga la luz, ¿quieres? —pidió, con voz soñolienta.

Gisk se levantó, vestido solamente con el *slip*. Fue a la cocina, llenó una jarra con agua, regresó al dormitorio y vertió un chorrito entre los senos de la mujer.

Huberta lanzó un chillido y se sentó de golpe.

—¡Hijo de...! ¿Por qué me despiertas de esa manera? Es taba ya dormida...

—Encanto, puedo aceptar que me niegues tus favores, pero no que te abstengas de contestar a mis preguntas. ¿Quién o quiénes más favorecieron a Welsh con una ficticia coartada?

—Uno es Kipp Brady, *el Sapo*. Otro es Mortimer Russell.

—Conozco a Kipp y sé que es capaz de cualquier cosa por medio dólar. Pero... Russell... Siempre me pareció persona honesta, si es que te refieres al dueño del Pelicano de Oro.

—El mismo —confirmó Huberta, mientras se secaba con las sábanas—. Eso es todo lo que sé y ahora, por favor, déjame dormir, Allan.

—De acuerdo, muñeca, que tengas felices sueños.

Gisk empezó a vestirse. Cuando terminaba, Huberta volvió a sentarse en la cama.

—Olvidaba algo —exclamó.

—¿Sí? ¿Más declarantes en favor de Welsh?

—No. Sólo son rumores... Se trata de una operación de altos vuelos, una compra de algo que no sé lo que puede ser, pero que vale un montón de pasta, ¿comprendes?

—¿Crees que eso puede interesarme, Huberta?

Ella se encogió de hombros.

—Yo te digo lo que he oído, simplemente. Vendrá un comprador..., pero eso es todo... Quizá consigas más detalles de Gordon Fyne, *el Orejas*. ¿Lo conoces?

—He oído hablar de él. Ya lo buscaré. Gracias, de todos modos.

Gisk se puso la chaqueta y abandonó la casa, para regresar a la suya, frustrado en parte, aunque también satisfecho, porque no le habría agradado que Huberta quisiera prolongar el romance.

—Las cosas están así mejor, que sigan como hasta ahora —murmuró, cuando insertaba la llave en la cerradura de la puerta de su apartamento.

Encendió la luz de la sala y avanzó unos pasos. La puerta de su dormitorio estaba entreabierta y pudo ver unas ropas de mujer encima de una silla.

Silenciosamente, asomó la cabeza. Cassie dormía profundamente en su propia cama, con un brazo desnudo fuera del embozo de las sábanas. El pelo, extendido, era un abanico negro que resaltaba contra la blancura de la ropa de cama.

Sonrió para sí.

—Una mujer me echa de su cama y me encuentro otra en la mía —murmuró.

Ni siquiera se preguntó cómo había entrado Cassie en el

apartamento. Ella era sobradamente hábil para abrir cualquier puerta sin la llave de su dueño.

Pero si había abandonado el motel, lo había hecho por algún grave motivo. De todos modos, se lo preguntaría por la mañana, a la hora del desayuno.

A los pocos minutos, dormía como un tronco. Despertó, cuando alguien llamó a la puerta del apartamento.

Bostezando, encendió la luz y se puso una bata para abrir.

—Ya debe ser hora de desayunar —dijo entre dientes, mientras metía los pies en unas zapatillas.

Al llegar a la sala, vio el reloj de sobremesa y se sobresaltó. Eran apenas las cuatro y treinta minutos.

—Diablos, si no he dormido ni media hora...

Abrió la puerta y casi se cayó de espaldas al ver en el umbral a Irving B. Jericho.

El presidente de la H. E., entró rápidamente y cerró la puerta a sus espaldas.

—Hola, Allan —saludó, con dificultades en la respiración—. Perdone que le despierte a estas horas, pero no veía otro momento más apropiado para venir a hablar con usted.

—Está bien, no se preocupe —contestó el joven—. Le noto muy alterado y, me imagino que una copa le ayudará a recobrar la calma. ¿Con hielo? ¿Tónica?

—Mitad y mitad, nada de hielo —aceptó Jericho, derrumbándose sobre un sillón.

Gisk preparó la bebida y entregó el vaso al visitante, quien la bebió con ansia no disimulada. Al cabo, Jericho fijó la vista en el rostro del joven.

—Leyó mi mensaje, supongo —dijo.

—Si, y estoy haciendo lo que puedo, aunque, hasta ahora, no he conseguido averiguar el paradero de los documentos. Pero, dígame, ¿por qué simuló usted la comedia de ordenarme abandonar el caso?

—Fahlken estaba conmigo. El fue quien me obligó a hacer algo que yo no quería —contestó Jericho.

De pronto, Gisk creyó comprender.

—Chantaje —murmuró.

—Sí —admitió el visitante.

—¿Era usted cliente del club de Fahlken?

—¿Cómo lo sabe, Allan?

Gisk sonrió.

—Me lo ha contado un pajarito, no se preocupe.

—Sí, acudía allí... en algunas ocasiones, no con frecuencia excesiva ni tampoco con regularidad.

—Fahlken, supongo, guardará en algún lugar documentación relacionada con los clientes.

—En efecto. Si lo divulgase, sería mi ruina.

—¿Por qué? ¿Era usted el único que iba allí a divertirse?

—Bueno..., en cierta noche, ocurrió un incidente muy desagradable... Fahlken supo ocultar nuestros nombres y nadie nos relacionó con aquel suceso, pero tiene pruebas de que estábamos allí en aquellos momentos. Por supuesto, yo soy inocente, pero ¿qué pensaría la gente si se hiciese público?

—Usted se refiere a la chica que murió desangrada, ¿no?

Jericho sonrió amargamente.

—Está bien enterado de todo, Allan.

—Lo supe por casualidad, aunque no me citaron su nombre —contestó Gisk.

—Hay muchos nombres más, Allan. La chica, murió, desde luego, a consecuencia de las salvajadas que hizo uno de los hombres que cuidaban del orden en el club. Estaba loco por ella, le pegó una terrible paliza y ella tuvo una hemorragia que... Bueno, creo que Fahlken lo hizo matar después. Apareció días más tarde, en una cantera abandonada, con dos tiros en la cabeza..., pero como nadie sabe que lo hizo aquel bruto...

—Habría complicaciones para todos los que estaban allí aquella noche, ¿no es eso lo que quiere decirme?

Jericho asintió pesadamente.

—Pagaría cualquier cosa que me pidieran por borrar aquellas pruebas —dijo.

—¿Qué clase de pruebas, señor?

—El libro registro de entradas y salidas de clientes del primer semestre del ochenta y uno. Constan nuestros nombres, con la hora de llegada y la de partida y algunos datos más, todos ellos personales.

—Como, por ejemplo, gustos y aficiones particulares.

—Sí —admitió Jericho.

Gisk sintió fija sobre sí la mirada del visitante.

—Usted quiere que yo recobre ese libro —dijo.

—¿Qué le parecerían cincuenta mil dólares de recompensa?

—Yo creí que le preocupaban más ciertos documentos de la compañía, señor.

—Oh, sólo hasta cierto punto, Allan.

—¿Cómo? —Respingó el joven.

—Los tiene Fahlken —declaró Jericho sin pestañear—. Ignoro la forma en que los consiguió, pero sé que siguen en su poder. Incluso él mismo me lo dijo, pero me obligó, no sólo a callar, sino a ordenarle a usted que abandonara el caso.

Gisk se pellizcó el labio inferior.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde puede guardar Fahlken ese libro? —preguntó.

—En su caja fuerte, seguro, en su residencia de Bradburn Place.

—¿Los documentos robados también?

—Posiblemente, Allan. ¿Hará algo por mí, muchacho? He trabajado duro para llegar a la posición que tengo actualmente... Comprendo que lo que hacía no estaba bien, me refiero a mis visitas al club, pero... bueno, los hombres tienen derecho a divertirse de cuando en cuando, me parece. No hacía mal a nadie y... Cuando murió la chica, yo estaba en una habitación y no me enteré hasta la mañana siguiente... Ya había pasado todo...

—De acuerdo, haré lo que pueda. Pero ¿sabe si Fahlken quiere vender los documentos a alguien?

—No me lo ha dicho —contestó Jericho—. De todos modos, si no es para venderlos, ¿qué otro objeto puede tener el robo?

—Evidente —concordó el joven—. Bien, señor Jericho, no le puedo prometer nada seguro, pero haré lo que pueda.

El visitante se puso en pie.

—Me siento mucho más aliviado —manifestó, a la vez que sacaba un papel alargado y lo dejaba encima de una mesa—. Para los primeros gastos —añadió.

Gisk se quedó solo y, durante unos momentos, permaneció quieto en el mismo sitio, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar. De pronto, oyó una voz a sus espaldas:

—¿Preparo el desayuno, Allan?

CAPÍTULO IX

—Dormías muy bien y no quise despertarte a mi llegada —dijo el joven al volverse.

—Gracias por el detalle —sonrió Cassie—. Me despertó el timbre de la puerta, aunque me pareció prudente no hacerme visible.

—Una excelente precaución. ¿Vamos a la cocina a preparar café?

—Desde luego.

Cassie iba en zapatillas y se cubría con una bata corta. Después de poner la cafetera al fuego, giró en redondo, cruzó los brazos y fijó la vista en el joven.

—Te estarás preguntando por qué he aparecido tan súbitamente en tu casa —dijo.

—No has venido por gusto, precisamente —sonrió él.

—Vi tipos sospechosos merodeando entre los *bungalows* del motel. Tal vez eran policías que buscaban a otro, pero no quise correr riesgos.

—¿Has hecho el viaje en auto *stop*?

—No; les robé el coche —rió ella—. Luego lo dejé abandonado a media docena de calles de aquí y cubrí el resto del trayecto a pie.

—Entonces, no serían policías...

—O sí, aunque el coche no tenía ningún distintivo particular y carecía de radio. Me sentí insegura, créeme.

—Tendré que poner otra cerradura. Ésta se abre con una vulgar horquilla para el pelo —dijo Gisk sonriendo.

—¿Estás enojado porque haya venido a tu casa, Allan? —preguntó Cassie, un tanto aprensiva.

—En absoluto, me has ahorrado un viaje al motel. ¿Has oído a Jericho?

—No me he perdido una sílaba. Ese Fahlken es malo de veras, un verdadero diablo, créeme.

—Me dio esa impresión al verlo por primera vez, en efecto. Bien, Cassie, ¿qué opinas del encarguito de mi jefe?

—Estás pensando en mí, para abrir la caja fuerte de Fahlken, ¿verdad? —dijo ella.

—No puedo negarlo, preciosa. ¿Has oído la cifra de la recompensa? Puedes guardártela...

—La mitad solamente, claro. La otra mitad sería para tí, Allan.

—No, yo ya tengo un buen sueldo. Y tú necesitas rehacer tu vida y ese dinero te vendrá bien para no tener que depender de nadie.

—Habaremos de esto cuando tengamos en las manos el libro y los documentos, Allan.

El café ya estaba listo y Cassie llenó dos tazas. Después de tomar unos sorbos, dijo:

—Antes de ir a la casa de Bradburn Place, quiero que le echés un vistazo, para tener una idea de su estructura —dijo—. También te haré una lista de cosas que debes comprar; no puedo ir solo con las manos desnudas, ¿comprendes?

—De acuerdo. Iré en cuanto haya dormido al menos un par de horas —sonrió Gisk.

Cassie consultó su reloj de pulsera.

—Son las cinco y cuarto. Tienes de tiempo hasta las ocho y media en punto. A las nueve, debes estar ya en la calle —decidió.

—Conforme. Pero antes de meterme en la cama, ¿no te interesaría saber más cosas de Frankie Welsh?

Ella entornó los ojos.

—Cuéntame, ¿qué has averiguado? —pidió.

Gisk entró en El Pelicano de Oro, llegó al mostrador, se sentó en un taburete y pidió una copa. Russell, el dueño, se la sirvió personalmente.

—Quiero hablar con usted, Mortie —dijo, dándole el nombre familiar que usaban sus amigos.

Russell arqueó las cejas.

—Tenía entendido que dejó la policía —manifestó.

—Es cierto, pero hay cosas que siguen interesándome... como ciudadano particular. Por ejemplo, la muerte de Cayton Wanderer.

La cara de Russell se tornó gris de inmediato.

—Yo no sé nada...

—Mortie, usted declaró falsamente en favor de Welsh y lo sabe

mejor que nadie. A mí me lo puede negar, pero cuando esté delante de un abogado, en el juicio, y se demuestre que cometió perjurio, pueden caerle media docena de años... o quizá más, por encubrir a un asesino. ¿Se da cuenta de las perspectivas que le esperan, si persiste en su actitud?

La mano de Russell se paseó por su garganta.

—Tuve que hacerlo —admitió—. Estoy endeudado hasta las cejas; tengo una hipoteca pendiente y Welsh consiguió los documentos. Si la ejecuta, me quedaría en la calle... Incluso me limpiaría el poco dinero que me queda en el banco.

—Esos argumentos no le servirán de nada cuando esté ante un jurado, pero yo los tendré en cuenta. ¿Qué es lo que declaró a la policía?

—Welsh me ordenó presentarme voluntario, lo mismo que a otros. Tenía que hacerlo, compéndalo.

—Bien, pero ¿qué dijo?

—Bueno, Frankie estaba aquí a la hora en que murió Wanderer... y también lo vieron Kipp Brady y *Doc* Pappinshaw. Eso es todo, se lo juro.

—Perfectamente. ¿Dónde está Brady en estos momentos? ¿Lo sabe usted?

—No tardará mucho en venir —contestó Russell.

—Le esperaré. Una pregunta más. ¿Sabe dónde puedo encontrar a Gordon Fyne *el Orejas*?

—Suele acudir todas las noches al salón de Maggie *la Tonelada*.

Gisk sonrió. El apodo de la dueña del salón de billar no era debido a un cuerpo voluminoso, sino, precisamente, a todo lo contrario. Era alta y esquelética y algunos tipos críticos decían que los días de mucho viento, llevaba un ancla atada a la cintura, por si la arrastraba alguna racha inesperada.

—Más tarde iré a ver a Fyne —dijo—. Lléveme una copa a una mesa discreta, por favor.

—Sí, señor, al momento. Teniente...

—Dejé la policía, recuérdelo, Mortie.

—Disculpe, la costumbre, ¿sabe? Sólo quería decirle que... si es discreto... yo le quedaría muy agradecido...

—¿A cuánto asciende la hipoteca, Mortie? —preguntó el joven.

—Diez mil, más intereses. Quince mil, en total. Y no dispongo de

ese dinero. Tuve una mala racha cuando murió mi mujer; los gastos del hospital me dejaron en la ruina... Pero ahora podría reponerme en un año, si encontrase quien me prestase ese dinero, aunque tuviera que pagarle hasta el veinte por ciento de intereses...

—Estudiaré el asunto, Mortie —sonrió el joven.

Sentado en una mesa, bebió pausadamente, mientras aguardaba la llegada del tipo a quien alguien, con evidente sentido del humor sarcástico, había bautizado con el apodo de *el Sapo*. Y, realmente, la cara de Brady, con una boca enorme, unos ojos saltones y la piel llena de cicatrices de viruelas, parecía la de un sapo gigantesco.

Transcurrió media hora. De repente, se oyó en la calle el rugido de un coche que arrancaba a toda velocidad.

Por encima del estruendo del motor, se percibieron otros sonidos, secos, restallantes. Una bala entró en el bar y provocó la ruidosa botella de la estantería situada tras el mostrador.

La puerta se abrió de golpe. Un hombre, astrosamente vestido, apareció en el umbral.

Kipp Braddy levantó una mano como si quisiera decir algo. De súbito, empezó a brotar la sangre por su boca y se vino de bruces hacia adelante, antes de que ninguno de los espectadores de la escena, paralizados por el horror y el asombro, tuvieran tiempo de reaccionar.

El primero en moverse fue Gisk, quien corrió para arrodillarse junto al cuerpo de Brady. Muy pronto comprendió que el Sapo ya no podría decir que había facilitado una coartada falsa a Frankie Welsh.

Los clientes empezaron a agolparse en torno al cadáver. Gisk decidió ser discreto y retrocedió sin prisas.

Russell, tras el mostrador, estaba palidísimo y daba la sensación de haber sufrido un *shock* que le impedía moverse. Gisk no quiso decirle nada; en silencio, buscó la puerta trasera y desapareció del lugar antes de que llegaran los primeros policías.

Gordon Fyne era un sujeto rubicundo, de aspecto plácido y al que cualquiera podría haber tomado por un vulgar oficinista, amante de distraer sus ocios con el manejo del taco en una mesa de billar. Gisk sabía ya que el Orejas estaba precisamente en el local, porque lo había tomado como una especie de cuartel general para

recibir y dar informaciones.

Paciente, aguardó a que Fyne ejecutara una jugada. Cuando se disponía a tirar de nuevo, Gisk puso delante del taco un billete de cien dólares.

Fyne, inclinado sobre la mesa, levantó los ojos hacia el joven.

—¿Tiene más? —preguntó.

—Depende de la información —contestó Gisk.

—Hable, exteniente.

—Ah, ya está enterado...

Fyne se echó a reír.

—Por algo me llaman el Orejas —contestó.

—Alguien viene a comprar una cosa que vale mucho, millones, tal vez —dijo Gisk.

—Sí, eso tengo entendido.

—¿Qué hay sobre el particular, Gordon?

—Mil dólares —contestó el sujeto sin pestañear.

Gisk tampoco se inmutó. Sacó dinero del bolsillo, contó nueve billetes más, pero los partió por dos, antes de entregar a Fyne la mitad.

—Yo guardaré la otra mitad. Si la información lo vale, se los enviaré por correo —dijo fríamente.

—Sé que usted cumplirá su palabra. Viene dentro de cuatro días. Procede de Berna, Suiza. Se llama Augustus van Hoheland.

—¿Holandés?

Fyne se encogió de hombros.

—Eso dice su pasaporte.

—¿Le conoce personalmente?

—Le vi una vez hace años. Es alto, distinguido, con una perilla a lo Van Dyck... Ropas caras, de lujo; habla el inglés sin acento... Llegará en el vuelo interior cuatrocientos dos, desde Los Ángeles.

—Viaja allí antes de venir a esta ciudad.

—Sí.

—Cuatro días, ¿eh?

—El avión llega a las diecisiete cuarenta. Inmediatamente, se dirigirá al Mercator, donde se cambiará de ropa. Luego irá a hacer el trueque, aunque no he llegado a conocer todos los detalles.

—Para mí es suficiente. Gracias, Gordon.

—Deje pegada una copa en el mostrador —pidió Fyne,

inclinándose de nuevo sobre la mesa de billar.

—Con mucho gusto —rió el joven.

Los informes recibidos le habían hecho concebir una idea básica, aunque necesitaba desarrollarla más extensamente, a fin de que se convirtiera en un plan que pudiera ejecutarse con todas las garantías de éxito, sin dejar lugar al menor fallo.

Agazapados en la base de la verja que rodeaba la casa, vestidos enteramente de negro, contemplaron el edificio, sumido en la oscuridad, a excepción de un par de ventanas en el primer piso.

—Debe de estar leyendo en la cama —apuntó Gisk.

—Sí, es posible. Podemos esperar todavía un buen rato —contestó la joven.

Gisk llevaba a la espalda una pesada mochila, cargada con un montón de cosas que Cassie le había encargado comprar. El, por su parte, había hecho otras adquisiciones que sabía podían resultarle necesarias en un momento dado.

Las luces se apagaron una hora después. Por precaución dejaron pasar otros treinta minutos. Luego, Cassie se irguió y tanteó los hierros de la reja, sujeta en la base a un muro de mampostería que no tenía más de un metro de altura.

Cassie tardó muy poco en tomar una decisión.

—Iremos por la verja de entrada; es lo mejor. Los hierros están rematados en púas y podría resultar peligroso pasar por encima.

—Muy bien, tú mandas. Pero ¿no habrá alguna alarma conectada?

—Pronto lo sabremos, Allan.

Convertidos en dos sombras fantasmales, dieron la vuelta a la esquina y se acercaron a la verja. Cassie tanteó con los dedos durante unos momentos, mientras él permanecía expectante. Al cabo de casi diez minutos, Cassie sacó algo de un pequeño bolso que colgaba a la cintura y empezó a manipular en la cerradura.

—Todas las alarmas están desconectadas —aseguró—. Volveremos a conectarlas cuando nos vayamos.

—Encanto, ¿dónde aprendiste tantas cosas? —preguntó Gisk.

Ella le dirigió una larga mirada.

—Hubo un hombre en mi vida, hace años... No, no era la relación que te imaginas. Tenía casi treinta años más que yo y, en muchos aspectos, fue para mí el padre a quien no llegué a conocer.

Gisk se imaginó fácilmente el sentido de la respuesta, sobre todo, porque había llegado a conocer al tipo que ella acababa de mencionar.

«Un padre auténtico no te habría enseñado a robar con una perfección pocas veces alcanzada», pensó.

Pero ahora, él iba a aprovecharse de los conocimientos adquiridos por la muchacha. Sin embargo, se prometió que, más adelante... «Esto se acabará para siempre», se prometió a sí mismo, mientras avanzaban en completo silencio a través del jardín.

Gisk caminaba en primer lugar, hasta llegar a una ventana situada a cosa de metro y medio del suelo. Cassie se ocupó de levantar el bastidor, sin necesidad de practicar un agujero en el cristal. Luego, Gisk pasó al interior de la casa y la ayudó a seguirle.

Provisto de una pequeña linterna, Gisk avanzó media docena de pasos, hasta una puerta próxima. Al llegar allí, Cassie le ordenó que se arrodillase y él obedeció en el acto.

Cassie hurgó en la mochila y encontró algo que no esperaba.

—Allan, yo no te pedí que comprases...

—Luego sabrás por qué lo hice —dijo él—. Y, por cierto, aún tienes que decirme para qué sirve ese maldito cilindro, con aspecto de extintor de incendios, que me hiciste comprar a cierto tipo de fama poco recomendable.

Ella soltó una risita.

—¿Íbamos a pedirselo al laboratorio de la policía? —contestó.

Muy despacio, abrió una rendija de la puerta, colocó el cilindro en el suelo y aflojó la válvula. Un ligero siseo se percibió en el acto, a la vez que se veía brotar un tenue vapor blanquecino.

Cassie cerró la puerta, dejando el cilindro al otro lado.

—Necesitamos esperar —dijo.

—¿Cuánto? —preguntó Gisk.

Ella consultó su reloj.

—Treinta minutos, ni uno menos —respondió—. Es preciso dejar que el gas se expanda por todos los rincones de la casa y haga sus efectos en su dueño y en la servidumbre. Nosotros nos iremos a la ventana y respiraremos el aire puro hasta que llegue el momento de actuar.

—Un gas narcótico, ¿eh? —Adivinó él.

—Sí. Es de efectos muy rápidos y provoca un sueño de una

duración no inferior a dos horas, pero es absolutamente inocuo. Luego se disipa en la atmósfera y se puede respirar libremente, pero el que ha aspirado una dosis, duerme, como he dicho, un mínimo de dos horas.

—Entonces habrá tiempo más que suficiente para asaltar la caja fuerte de Fahlken.

—Sí, desde luego —repuso la joven con firme acento.

CAPÍTULO X

Habían permanecido asomados a la ventana el plazo prefijado por la joven. Al cabo de media hora, ella se volvió hacia el interior y movió una mano.

—Listos, Allan.

Gisk caminó delante. Salieron al vestíbulo, iluminado solamente por una lámpara, y luego la guió hacia el gabinete privado del dueño de la casa. La puerta no estaba cerrada con llave, lo que les permitió un fácil acceso a su objetivo.

Cassie encendió la luz y contempló durante unos segundos el interior de la estancia.

—No veo la caja fuerte por ningún lado —dijo al cabo.

—Está allí, detrás de aquel panel, con un cuadro en la parte superior.

Cassie se acercó al lugar indicado y tanteó con las yemas de los dedos la oscura madera que formaba parte de la decoración. Al cabo de unos momentos encontró una protuberancia apenas visible apretó a fondo.

El panel entero, con el cuadro, de una altura de dos metros y uno de ancho giró a un lado y dejó a la vista la brillante superficie de una caja fuerte, situada sobre un pedestal de mampostería de unos sesenta centímetros de alto.

—Es muy grande —observó Cassie—. Debe de guardar cosas de mucho valor, ¿no te parece?

—Nosotros hemos venido solamente a llevarnos un libro —le recordó él—. Todo lo demás, debe ser respetado escrupulosamente, porque si nos llevásemos más cosas, él sospecharía en el acto y el plan de recuperación de los documentos se iría al diablo.

—¿Y si los tiene aquí?

—Aquí se quedarán, porque he ideado un plan para poder echarle el guante, sin que le queden posibilidades de defensa. Con

el libro, no podrá hacer nada contra Jericho, que es un hombre decente de veras.

—A pesar de sus debilidades —dijo ella con sorna.

—¿Quién no ha flaqueado alguna vez en su vida? —respondió Gisk en el mismo tono—. Cassie, ninguno de los dos podemos tirar la primera piedra.

Ella se mordió los labios.

—Es verdad —admitió—. Pero si nos llevamos el libro, lo notará también —alegó.

—No, y ya te explicaré por qué. Vamos, empieza a trabajar.

Cassie acercó el oído a la caja. Luego inició su labor, moviendo la rueda de la combinación con infinito cuidado.

Gisk aguardaba con los nervios en tensión. Ella había asegurado que el gas resultaba absolutamente efectivo, pero... ¿y si se había producido algún fallo y eran sorprendidos?

Abstraído en sus pensamientos, no se dio cuenta de que transcurría el tiempo, hasta que oyó un leve chasquido y una exclamación de Cassie, proferida, sin embargo, en voz baja:

—¡La caja está servida, señor! —dijo ella irónicamente.

Gisk se asomó al interior y contempló las pilas de papeles y libros de varias clases, además de unos cuantos fajos de billetes. Había también algunas cajas, cuyo contenido resultaba inequívoco.

Cassie abrió una de ellas y perdió el aliento al contemplar aquel collar de brillantes y esmeraldas, rematado en un *pendentif* que era un óvalo compuesto por un cerco también de brillantes, pero con un enorme rubí en el centro.

—¡Dios mío, qué maravilla! —exclamó, sin poder contenerse.

—Míralo, pero no lo toques —dijo él, mientras se dedicaba a revisar los libros, uno por uno.

—¿De dónde lo habrá sacado, Allan? ¿Cómo ha podido conseguir una joya semejante?

—Alguna tonta lo habrá dado para rescatar algo que la comprometía gravemente... ¡Ah, aquí está! —exclamó Gisk, a la vez que blandía un libro de tapas negras y lomo de cuero natural.

—¿Es el libro?

—Sí. Ahora, saca todos los que tengo en la mochila y elige uno que sea igual o, al menos, del mayor parecido posible.

Cassie sonrió.

—Creo que comprendo —dijo—. Fahlken abrirá la caja de vez en cuando y echará, aunque sea maquinalmente, un vistazo a esos libros. Hay cinco en total, más el que te llevas. Si nota la falta de uno solo, entrará en sospechas, pero si ve seis, ni se preocupará, ¿verdad?

—Deduces mejor que Sherlock Holmes —contestó él riendo.

Cassie encontró el libro apropiado muy pronto y lo puso en el lugar exacto donde había estado el que Gisk iba a llevarse. De pronto, alargó la mano hacia un grueso sobre el color crema.

—Allan, los documentos —siseó.

—Déjalos. Sabemos dónde están y eso es lo importante.

—Pero, a pesar de todo, podríamos recuperarlos ahora...

—Con lo cual, no demostraríamos nada y quiero que Fahlken pague todo lo que ha hecho —alegó Gisk con duro acento.

—Tienes un plan, ¿eh?

—Sí, pero ya te lo diré en otro momento. Ahora, vamos a dejar todo tal como estaba, borrar las huellas de nuestro paso por la casa y largarnos de aquí antes de que se haga de día.

Vestido con una bata corta, Gisk salió del baño y se dirigió a la cocina, a fin de preparar el desayuno, que iba a ser más bien almuerzo. Cassie dormía aún y no quiso despertarla, hasta tener todo preparado.

El teléfono sonó cuando apenas había puesto la cafetera al fuego. Tenía un supletorio en la cocina y lo descolgó rápidamente.

—Gisk —dijo.

—Jericho —declaró el que llamaba—. ¿Cómo va todo, Allan?

—Fuera de peligro, señor.

Gisk oyó un largo suspiro.

—Nunca se lo agradeceré bastante; muchacho. Le prometí una recompensa y la tendrá, créame.

—Gracias. Pero yo también quiero pedirle ahora un favor.

—Concedido —respondió Jericho instantáneamente.

—Tengo un amigo... Necesita un préstamo de unos quince mil dólares, a devolver en un año, junto con los intereses.

—Envíeme a su amigo y le daré el dinero inmediatamente.

—Hoy mismo hablaré con él. Por cierto, encontramos los documentos.

—¡Los han recobrado! —gritó Jericho.

—He dicho que los encontramos, pero seguirán donde estaban.

—Allan, no me vuelva loco... Si los encontraron, ¿por qué no se los llevaron?

—Fahlken ya no podrá hacer nada contra usted en lo personal, pero, como simple ciudadano, ¿no le gustaría verle entre rejas para toda la vida? Si me hubiese llevado los documentos, no podría encontrar pruebas contra él, ¿comprende?

—Pero puede hacerlos desaparecer...

—Los documentos seguirán en su caja fuerte hasta dentro de tres días; es todo cuanto puedo decirle. Confíe en mí, se lo ruego. Recobraré los documentos y Fahlken irá a la cárcel.

Jericho volvió a suspirar.

—Le enviaré el cheque hoy mismo —se despidió.

Gisk colgó el teléfono. Pensaba en Russell; merecía la pena ayudar a un hombre decente, que había tenido la desgracia de caer en las garras de un desaprensivo como Frankie Welsh.

—Y, además, asesino —murmuró, en el preciso instante en que sonaba el timbre de la puerta.

Torció el gesto. El almuerzo se iba a retrasar más de lo conveniente, se dijo, disgustado.

Momentos después, abrió la puerta del apartamento. Parpadeó al reconocer a su visitante.

—Es curioso —musitó—. Hace unos instantes estaba pensando precisamente en ti, Frankie Welsh.

Vestía elegantemente, con sombrero de ala abarquillada, guantes, una flor en el ojal y un bastón con puño de marfil en la enguantada mano derecha. En la izquierda sostenía una larga boquilla, con un cigarrillo humeante.

—Puedo pasar, supongo —dijo Welsh, con disciplina.

Gisk hizo un amplio ademán.

—Cómo impedirte el acceso a mi humilde morada —exclamó, socarrón. Aspiró el aire con fuerza—. *¿Perfums de la Rué de la Paix?* —preguntó.

—No. Hombre-2000 —puntualizó el visitante.

—Sí, claro, hombre del futuro... pero entre rejas, con olor a sudor, cocina carcelaria y basuras apestosas. Frankie, ¿me permites que «no» te invite a una copa?

—Está usted irónico, teniente. Yo he venido aquí, humildemente, a proponerle un trato y usted me recibe poco menos que a latigazos...

—Sólo metafóricos, no auténticos.

—Le gustaría propinarme una buena tanda de azotes, ¿eh?

—Disfrutaría sádicamente, viendo retorcerte de dolor. Pero ¿por qué no dejamos a un lado los problemas personales? ¿No has dicho que quieres proponerme un trato, Frankie?

Welsh le miró fijamente.

—Puedo exculpar a Cassie del cargo de asesinato de Wanderer —dijo.

—¿A cambio de...?

—Usted tiene un trabajo entre manos. Olvídelo por completo.

—Y, ¿quién cargará con la muerte de Wanderer?

—Tenía algunos enemigos. No se preocupe por ello. La policía retirará la acusación cuando yo diga que me equivoqué.

—Y, ¿qué dirán de las muertes que se han producido? Me refiero a dos de los tipos que te proporcionaron una coartada.

—Hay mucho indeseable suelto por ahí. La coartada seguirá en pie, claro, pero a Cassie ya no la molestarán.

—¿Y si me niego?

Walsh hizo un gesto ambiguo.

—Ella lo pasará mal, se lo aseguro.

Gisk dudó un momento. Le repugnaba aceptar la proposición de Walsh, pero también pensaba en los problemas que Cassie podría evitarse.

De repente, sonó la voz de la muchacha en la puerta del dormitorio:

—¡No aceptes, Allan!

Los dos hombres se sobresaltaron. Gisk dio media vuelta y vio a Cassie, vestida solamente con una bata corta, descalza de pie y pierna, y con el largo cabello negro, suelto por la espalda.

Walsh arqueó las cejas.

—De modo que ahora vives aquí —dijo.

—Aquí estoy, Frankie —respondió ella—. Y no quiero que Allan acepte el trato que le has propuesto.

—Puedes acabar en el presidio para el resto de tus días —advirtió Welsh, amenazador.

—Yo no maté a Wanderer y tú lo sabes mejor que nadie. Es posible que vuelva a la cárcel, pero acabaré por demostrar mi inocencia.

—No estés tan segura —rió el visitante—. Teniente, ¿la dejará correr ese riesgo? —Se dirigió a Gisk.

—Cassie tiene ya edad suficiente para tomar sus propias decisiones —respondió el joven.

Welsh emitió una sonrisa burlona.

—¿Le agrada en la cama, Allan? —preguntó.

Los puños de Gisk se crisparon. Cassie avanzó unos pasos.

—Déjalo, no te molestes en pegarle, no se lo merece siquiera. Frankie, él es mucho mejor que tú y mil veces más hombre... en todos los sentidos —exclamó.

—Bien, en tal caso, habrá que felicitarles a los dos —contestó Welsh, sin abandonar su tono burlón.

—Y, además y para que lo sepas, él fue mi primer hombre, cosa que tú ya no pudiste conseguir.

El visitante se puso serio.

—Eso ya no me afecta en absoluto —dijo—. Pero ya estás avisada. Y usted también, teniente. Puesto que no acepta el trato, y pensaba ser honesto, los dos tendrán que atenerse a las consecuencias.

—Cassie, ¿quieres traer un diccionario? —sonrió Gisk—. Así podrá saber Frankie el significado de la palabra honestidad.

El rostro de Welsh adquirió de pronto el color de la púrpura. Fue a decir algo, pero pareció pensárselo mejor y, sin añadir una sola palabra más, giró en redondo y salió del apartamento.

Después de la marcha del visitante se produjo un hondo silencio. Gisk, sin embargo, fue el primero en hablar.

—Cassie, no debiste haber dicho cosas tan escandalosas —le reprochó.

—El empezó —se defendió la joven—. Quería herirme y yo le he devuelto sus estocadas, eso es todo.

—Sí, está muy bien, pero ahora tenemos que vestirnos y largarnos de aquí cuanto antes. Welsh avisará a la policía, Potter vendrá a buscarte... y yo te necesito.

Cassie se emocionó.

—¿De veras, Allan?

—Claro que sí, mujer. Anda, vístete pronto...

—Sin duda, tienes algún escondite seguro —adivinó ella.

—Desde luego...

El teléfono sonó en aquel momento. Gisk lo descolgó rápidamente.

—¿Sí?

—Fyne —dijo el comunicante—. Tengo algo muy interesante para usted, pero le costará dos mil pavos.

—Valdrá la pena, supongo, Gordon.

—Es la información completa sobre... la compra.

—Estupendo. ¿Cuándo nos vemos, Gordon?

—¿Una hora, en el mismo sitio?

—Conforme.

—Traiga el dinero, los billetes partidos y los otros dos mil, sin cortar, o no habrá información.

—Tendrás el dinero, Gordon —prometió el joven.

CAPÍTULO XI

Eran las cuatro de la tarde, cuando Gisk entró en el apartamento de Huberta Melvin. La pelirroja estaba terminando de vestirse y le miró con ojos poco amistosos.

—Has invadido mi casa, me pones en un compromiso...

Si encuentran a la chica aquí, yo puedo acabar en la cárcel, como cómplice de un asesinato...

—Tranquila, Huberta; no la encontrarán. Éste es el último lugar donde pensarían que puede estar escondida. A menos que te vayas de la lengua, claro.

Huberta remoloneó un poco.

—Debo de estar loca —se quejó—. En fin, siempre me queda el recurso de decir que me amenazabas con matarte si lo denunciaba.

—Eres encantadora —sonrió Gisk—. Y cuando todo acabe, te daré una buena recompensa.

—¿De veras, Allan?

—Yo nunca miento —dijo él virtuosamente.

Huberta se marchó y Cassie se hizo visible.

—Esa pelirroja te miraba con ojos de carnero degollado —manifestó.

—Bueno... —Gisk carraspeó un par de veces—. Uno no es un monstruo, me parece... Pero vayamos al grano. Siéntate, por favor, y escúchame, porque vamos a poner en marcha el plan para acabar con Fahlken.

Cassie se acercó al diván y quedó sentada, con las rodillas muy juntas y las manos en el regazo.

—Te escucho —dijo, lacónica.

—Vamos a ver si conoces tú a un tipo que sea alto y pueda parecer distinguido, de unos cuarenta y cinco años muy bien llevados, y que sepa disfrazarse con bigote y perilla, además de hablar el inglés a la perfección, sin acento, precisamente, para que

parezca extranjero. El hombre podrá ganarse un par de miles de dólares por unas pocas horas de trabajo, según las instrucciones que yo le daré en su momento. ¿Entendido?

Ella reflexionó unos momentos.

—Ya lo tengo —dijo al cabo—. Evans McCoutts, *el Duque*.

—Me suena, Cassie.

—Ha hecho algunas estafas, siempre muy limpias y bajo el aspecto de un personaje de alcurnia. Por eso le llaman Duque. Tiene los modales de un rey y posee la elegancia de un Brummel.

—¡Ése es nuestro hombre! —exclamó Gisk, entusiasmado—. ¿Puedes decirme dónde lo encontraré?

—Sí, desde luego.

—Bien, ahora levántate.

Cassie obedeció, sin comprender las intenciones del joven. Gisk la estudió unos momentos y luego hizo un gesto con la mano.

—Da un par de vueltas sobre ti misma.

Ella hizo lo que le decía. Luego miró al joven con ojos inquisitivos.

—¿De qué se trata, Allan? —quiso saber llena de curiosidad.

Gisk se puso una mano en la barbilla y apoyó el codo correspondiente en el otro brazo, en actitud meditabunda.

—Traje de chaqueta, oscuro, camisa de pechera blanca, con lacito negro... No, negro no; mejor azul marino... falda ajustada, sin aberturas, zapatos de medio tacón... El pelo, recogido en lo que se suele llamar un severo moño... Grandes gafas de cristal sin graduar y sin colorear, que en tal caso podrían resultar sospechas... Una carpeta bajo el brazo izquierdo... Darás la imagen perfecta de una secretaria discreta y eficiente, te lo aseguro.

—Estás hablando de un disfraz para mí —adivinó ella.

—Exactamente. Tendrás que darme tus medidas, para comprar la ropa adecuada.

—Allan, mejor un bolso de buen tamaño, que una cartera portafolios —aconsejó la joven—. Y que pueda colgarlo del hombro.

—Conforme.

—Tú te disfrazarás también, supongo, porque no querrás perderte el... festival.

Gisk se echó a reír.

—Adivina mi disfraz —pidió.

—Guardaespalda, claro.

—No, chófer uniformado de Augustus Van Hoheland.

—¿Quién es ese tipo? —se extrañó la joven.

—El hombre que viene desde Suiza, con diez millones en el bolsillo, dispuesto a comprar los documentos robados a la Hailwall Electronics —respondió el joven.

Había hecho ya todas las compras y se disponía a entrar en el coche, cuando, de pronto, notó en el costado derecho la presión de un objeto duro.

—Sube. Y conduce sin rechistar o te volaré los sesos —dijo alguien.

Gisk se atiesó. Aunque estaba en las inmediaciones de las puertas de unos grandes almacenes, brillantemente iluminados, la pistola que le encañonaba tan de cerca no resultaba visible para los numerosos transeúntes que iban y venían sin cesar por la acera.

Trató de adivinar un nombre.

—¿Pinello?

—¡Diana! —rió el matón—. Tú conduce, yo iré en el asiento de atrás. Y, recuerda, la pistola estará dispuesta para abrasarte al menor gesto sospechoso.

—Oír es obedecer, mi señor —contestó el joven sin inmutarse.

Pinello ocupó el asiento trasero de la derecha. Gisk se sentó tras el volante y dio el contacto.

—¿Cuál es el rumbo? —preguntó.

—Sigue recto. Ya te indicaré más tarde.

Gisk pisó el acelerador. En el centro de la ciudad, no podría hacer nada, lógicamente. Pero si salían fuera...

—¿Vas a desquitarte? —preguntó al cabo de un rato.

—Habrá de todo, no te preocupes —contestó Pinello.

—Y después... —Gisk se pasó el índice por la garganta—. ¿Será así?

—¿Adivinas el pensamiento? —se burló el hampón.

Gisk decidió no hablar más. Pinello le fue dando instrucciones, hasta hallarse fuera de la ciudad.

—Noventa por hora, velocidad máxima —ordenó.

—Sí, señor.

Pinello le llevaba a algún lugar discreto, donde no podrían ser vistos. Tubbins lo había hecho, por orden de Welsh, no cabía duda.

Pero era indiferente quien lo hubiera dispuesto; pese a todo, no se sentía inclinado a complacer a aquellos asesinos.

La ciudad quedó atrás, en la carretera poco frecuentada en aquellos momentos y alumbrada por los faros del coche. Gisk enfíló una larga recta y decidió que había llegado el momento de actuar.

Súbitamente, pisó el freno a fondo, a la vez que tocaba el volante un poco a la izquierda. Tal como había calculado, Pinello pasó por encima del respaldo del asiento delantero y cayó de cabeza al suelo del coche.

Gisk se esforzó por controlar el vehículo, lo que consiguió a los pocos instantes. Pinello blasfemaba horriblemente, mientras trataba de recobrar una postura normal. Gisk no le dio tiempo.

Una vez dominado el coche, estiró la mano derecha y abrió la portezuela de aquel lado. Pisó el acelerador a fondo, ganó velocidad y luego, con el mismo pie, disparado con todas sus fuerzas, expulsó al pistolero fuera del coche.

Se oyó un aullido de pánico. Luego el ruido del choque de un cuerpo contra algún obstáculo.

Gisk viró en redondo a un par de kilómetros más adelante. Al volver de nuevo sobre sus pasos, divisó, mediante la luz de los faros, el bulto inmóvil de un hombre, caído al pie de un árbol de grueso tronco.

—Adiós, Pinello, recuerdos a Satanás —dijo a media voz.

El revólver del hampón yacía en el suelo. Gisk lo recogió, para lanzarlo fuera del coche hacia unos matorrales. Luego, sin prisas, continuó el viaje de vuelta.

A Pinello, se dijo, le esperarían largo tiempo en vano.

—Toda la vida —murmuró, satisfecho de haber salido con bien del trance.

La mujer, vestida severamente, con el pelo tirante hacia la nuca y grandes gafas, avanzó resuelta hacia el mostrador de recepción y se dirigió al empleado:

—Soy la secretaria del señor Van Hoheland, que debe llegar en el avión de las cinco y cuarenta. Me ha encargado tome una *suite* en su nombre —dijo Cassie con acento profesional.

—Al momento, señora —contestó el recepcionista—. El señor van Hoheland ha estado aquí en otras ocasiones. Sin duda, querrá la

suite Grand Royal.

—Exactamente ésa, por favor —confirmó la joven, sin alterar en ningún momento la impasibilidad de su rostro.

Minutos después, un hombre alto, elegantemente vestido, entró en el hotel, sumamente concurrido en aquellos momentos y se dirigió sin vacilar hacia el ascensor. Cassie le había telefoneado desde la habitación a una cabina telefónica determinada de antemano y Evans McCoutts sabía perfectamente adónde dirigirse.

A las diecisiete y cuarenta minutos, aterrizó el avión en que llegaba Van Hoheland. El hombre desembarcó, portador de un maletín de ejecutivo de dimensiones algo superiores a lo normal. Un individuo, discretamente uniformado, salió a su encuentro.

—¿Señor Van Hoheland? Soy Burns, el chófer personal del señor Fahlken. Me ha enviado a recogerle y a conducirle adonde usted tenga la bondad de ordenar.

—Ah, muy bien —contestó el recién llegado—. Muy amable de su parte, Burns. Por el momento, me llevará al Mercator; después, ya le diré adonde hemos de ir.

—Sí, señor. ¿Me permite...?

Van Hoheland rechazó con firmeza el gesto que hacía Gisk para tomarle el maletín.

—Esto lo llevaré yo en persona —alegó—. Ocúpese usted de mi equipaje.

—Bien, señor.

Media hora más tarde, Van Hoheland llegó al hotel y se encontró con la agradable sorpresa de que Fahlken había reservado ya para él una *suite*, en la que le aguardaba su secretaria personal. Van Hoheland sonrió para sí; debía de tratarse de una especie muy peculiar de secretaria. Fahlken, sin duda, tenía muy presentes las necesidades de los hombres que hacían tratos con él.

El ascensor le llevó a la *suite*, que encontró vacía. La secretaria, sin duda, habría salido momentáneamente.

Después de dar una propina al botones que le había subido el equipaje, se acercó al teléfono y pidió línea. Momentos después estaba en contacto con Fahlken.

—Soy Van Hoheland —dijo—. Lo tengo todo.

—Venga a las siete y media en punto a mi casa —respondió el otro.

—De acuerdo.

Van Hoheland dejó el teléfono en la horquilla, y se volvió, justo a tiempo para encontrarse con una pistola que se apoyaba directamente en su frente.

—¿Qué es esto? —Respingó.

—Permanezca quieto y no le ocurrirá nada —aseguró Cassie—. ¿Evans? —llamó.

—Aquí —contestó el otro.

Van Hoheland temblaba de rabia, pero se sentía impotente ante la amenaza de la pistola que empuñaba una mujer decidida. De pronto, sintió en la cara el contacto de algo húmedo y que despedía un intenso olor dulzón.

Un brazo le sujetó fuertemente por la cintura, mientras que el algodón, empapado en cloroformo penetraba en los pulmones, a través de las fosas nasales. Al cabo de unos momentos, se sintió invadido por una intensa debilidad y empezó a verlo todo borroso.

—Ya está —dijo McCoutts poco después.

Cassie miró críticamente al hombre caído en el suelo.

—¿Te será muy difícil tomar su aspecto, Evans? —preguntó.

—Eso está hecho —rió el otro—. Pero ¿y si se despierta antes...?

—Dormirá un par de horas, por lo menos. En todo caso, le haré respirar un poco más de cloroformo y, por si fuese poco, lo dejaremos bien atado en el baño. Antes de que empiece a reaccionar, ya habrá acabado todo.

—Muy bien, tú llevas la voz cantante —dijo McCoutts.

Había traído consigo un pequeño maletín y empezó a maquillarse, para que su rostro fuese una copia exacta del de Van Hoheland. Mientras lo hacía, Cassie, por curiosidad, abrió el maletín de ejecutivo y se quedó sin aliento al ver su contenido.

—¡Cielo, qué espectáculo tan maravilloso! —exclamó.

McCourtts lanzó un vistazo al maletín.

—Una tentación difícil de resistir, ¿eh, Tigresa?

Ella blandió el sobre que había encima de las pilas de billetes del maletín.

—Aquí hay más, mucho más, exactamente, nueve veces más —dijo.

McCourtts silbó.

—Diez en total, supongo.

—Justamente. Vamos, apresúrate; el tiempo se nos echa encima y, a las siete y media en punto, nos va a recibir Fahlken.

—Está bien, terminaré enseguida.

A las siete y cuarto en punto, el falso Van Hoheland, acompañado por su secretaria, subió al «Rolls-Royce» que aguardaba a la puerta del hotel y que era conducido por Gisk, vestido como un chófer profesional.

—¿Todo bien, Cassie? —preguntó, mientras hacía arrancar al coche.

Ella juntó el índice y el pulgar en círculo.

—Perfecto, sin un solo fallo, Allan.

—Bien, en tal caso, vamos a rematar la faena. ¿Recordáis ambos las instrucciones de lo que debéis hacer?

—Las hemos repasado a fondo. No habrá errores, te lo aseguro —contestó la joven.

En su asiento, McCoutts carraspeó.

—Burns, ocúpese de conducir. Nosotros haremos el resto —dijo con voz afectada.

Gisk sonrió. El fin de Sixtus P. Fahlken estaba próximo.

Consultó el reloj del salpicadero: faltaban doce minutos para poner término a la carrera de crímenes de un hombre ambicioso y sin escrúpulos, que no había vacilado en recurrir a los peores métodos para medrar.

CAPÍTULO XII

Siguiendo al estirado mayordomo, McCoutts y Cassie se encaminaron al despacho privado de Fahlken, quien les aguardaba ya allí, en pie, junto al escritorio. Fahlken frunció el ceño al ver a su visitante acompañado de una mujer a la cual no esperaba.

—Puede retirarse —ordenó al mayordomo—. Tómese libre el resto del día.

—Bien, señor.

La puerta de la estancia se cerró. Fahlken se dirigió al falso Van Hoheland.

—No esperaba verle acompañado de una mujer —dijo.

—*Miss Ransome* es persona de toda mi confianza y mi secretaria personal para todo —contestó McCoutts, impasible.

—¿«Eso»? —dijo Fahlken, desdeñoso—. La verdad es que tiene usted gustos más bien... dudosos, amigo Van Hoheland.

—Cuando conviene, mis *Ransome* toma el aspecto apropiado para desempeñar las otras funciones de su cargo. Pero no hemos venido a discutir aspectos de la vida privada de cada cual, sino a tratar de un negocio.

Entregó el maletín a Cassie y le ordenó que lo abriese. Ella obedeció.

Fahlken contempló unos instantes las pilas de fajos de billetes. Luego examinó el contenido del sobre.

—Son los documentos de una cuenta corriente en el *Credit Helvetique* de Berna, por importe de nueve millones de dólares y a su nombre —indicó el falso negociante—. Y ahora que ya lo ha visto todo, ¿me permite examinar los documentos tan importantes que, según usted, valen diez millones?

—Ahora mismo —accedió Fahlken.

Fue hacia la caja fuerte, la abrió y regresó a poco con un grueso sobre que puso en manos de McCoutts. En aquel momento, la

puerta se abrió ligeramente y el ojo de una cámara de video empezó a captar la escena.

Fahlken se dio cuenta demasiado tarde de lo que sucedía. Pasó casi un minuto antes de que advirtiese la presencia de un hombre en la puerta del despacho, filmando las acciones de todos los presentes.

Un rugido de cólera se escapó de sus labios.

—¿Qué significa esto? —gritó.

Gisk bajó la cámara, que le había ocultado el rostro hasta entonces, y sonrió.

—Hola, Sixtus —saludó alegremente—. Le hemos pillado con las manos en la masa, ¿eh?

Fahlken se sentía completamente desconcertado.

—¡Van Hoheland, explíquese! —gritó—. Si se trata de una broma...

McCourtts retrocedió unos pasos.

—Ellos le darán las explicaciones necesarias, señor Fahlken —contestó mientras empezaba a quitarse el bigote y la perilla que le habían dado el aspecto de Van Hoheland.

Los ojos de Fahlken se salían de sus órbitas. Antes de que pudiera hacer nada, Cassie avanzó hacia él y le quitó el sobre de los documentos, que puso en el maletín del dinero.

—No soy *miss* Ransome, sino Cassie Bernew —dijo.

—Y alguien va a tener mucho interés en saber por qué usted pensaba vender algo que no le pertenece y que ha costado varias vidas humanas, a un hombre que estaba dispuesto a pagar diez millones por esos documentos robados —añadió Gisk.

Fahlken guardó silencio unos segundos. Luego dijo:

—Imagino que han secuestrado a Van Hoheland y que lo tienen escondido en alguna parte. Eso puede costarle caro.

—También a Van Hoheland, por las operaciones ilegales que realizaba en nombre de sabe Dios quién —contestó Gisk agudamente—. No se preocupe del secuestro de ese traficante de altos vuelos; preocúpese de usted.

Fahlken sonrió desdeñosamente.

—Tengo muchos y muy buenos amigos. Me sacarán de este apuro —manifestó.

—Si se refiere a las personas cuyos nombres figuran en cierto

libro de registro de un antiguo club, está equivocado. El libro ha desaparecido de su caja fuerte y ya no podrá presionar a esas personas para que le ayuden a salir de este lío.

La boca del dueño de la casa se abrió estúpidamente.

—No... no es posible...

—¿Por qué no lo comprueba, Sixtus?

Lanzando un rugido de cólera, Fahlke se precipitó de nuevo hacia la caja fuerte. Un aullido, todavía más fuerte, se escapó de su garganta al ver el libro que sólo tenía hojas en blanco.

—Usted... hijo de perra... Usted me lo quitó...

—Por haber dispuesto el robo de unos documentos de gran valor, un vigilante, hombre honesto y decente, perdió la vida —acusó Gisk severamente—. Eso es algo de lo que deberá responder en su día.

—No hay pruebas...

—Haremos hablar al hombre que le hacía todos los trabajos sucios. Me refiero, naturalmente, a Frankie Welsh.

—¿Alguien ha pronunciado mi nombre? —Sonó de pronto una voz burlona.

Cassie se volvió en el acto. Armado con una pistola, Welsh había aparecido en el umbral cuando menos se lo esperaba ninguno de los presentes.

Gisk apretó los labios. Welsh le había pillado a contrapié; aunque tenía una pistola, no podría sacarla antes de que el rufián apretase el gatillo de la suya.

—Frankie, estás en mala posición —dijo—. Has cometido demasiados crímenes... o bien los has ordenado, a Tubbins y sus secuaces, y eso es algo que acabará por salir a la luz algún día.

Welsh soltó una carcajada.

—Nadie podrá probarme nunca que he intervenido en este asunto —contestó, desafiante.

—Eso es lo que crees, sobre todo, porque ya han muerto *Doc Pappinshaw* y *Kipp Brady*. Pero queda todavía *Mortimer Russell* y es un hombre honrado, quien declarará que facilitó la coartada, porque tú le amenazaste.

—Todavía puedo arruinarle...

—Russell tendrá mañana el dinero que le permitirá librarse de

las deudas. Ya no tendrá motivo para tenerte, Frankie.

Welsh apretó los labios.

—De todos modos, eso me importa poco —dijo—. Voy a marcharme de la ciudad y si he venido aquí, ha sido precisamente para no irme con los bolsillos vacíos.

De pronto, blandió la pistola y gritó una orden:

—¡Apártense todos de la mesa, rápido!

La orden fue obedecida en el acto. Sonriendo cínicamente, Welsh se acercó al maletín del dinero y, con la mano izquierda, tiró al suelo los dos sobres.

—Esto es lo que verdaderamente me interesa: el dinero —añadió.

—Es un buen botín, en efecto —convino Gisk.

Cassie se quitó los lentes y mordisqueó displicentemente una de las patillas.

—Me gustaría acompañarte, Frankie —dijo.

Welsh se volvió hacia ella y la miró con aire despreciativo.

—Eres una chica decente, pese a todo. Me engañarías... Lo único que quieres es tenderme una trampa, pero para mí, la edad de la ingenuidad pasó y ya hace mucho tiempo.

—No irás muy lejos, Frankie —advirtió Gisk—. La Policía ya te está buscando por la muerte de Wanderer. Tubbins hablará también, aunque te «prestase» a sus pistoleros para eliminar a una serie de tipos que te estorbaban.

Con la mano izquierda, Welsh cerró las presillas del maletín.

—Esto me permitirá llegar a un lugar donde no podrán encontrarme jamás —contestó.

Inesperadamente, Fahlken lanzó un rugido de rabia y se abalanzó hacia su mesa de despacho. En una fracción de segundo, Gisk adivinó que el dueño de la casa había enloquecido de furor, por el fracaso de un negocio como pocos. —¡Eh, Sixtus!— gritó Welsh, alarmado—. ¿Qué diablos pretende...?

Fahlken no contestó. Tiró de un cajón y sacó un revólver.

Welsh fue más rápido y le disparó dos veces al pecho. Fahlken emitió un aullido animal, saltó hacia atrás, derribó el sillón y acabó por caer al suelo.

Un gruñido de enojo brotó de los labios de Welsh.

—Estúpido... Podías haber conservado el pellejo...

Movió el arma y empezó a retroceder, con el maletín ya en su poder.

—No se muevan, no intenten seguirme —ordenó—. Sólo quiero el dinero, entiéndanlo de una vez.

En aquel momento, se oyó una voz tonante en la entrada del despacho:

—¡Frankie, tira esa pistola!

Welsh se revolvió, lanzando un grito de furia indescriptible. Movió la mano armada, pero el teniente Potter, agachado, hizo fuego una sola vez.

La cara de Welsh sufrió una transformación total. De expresar ira, pasó a ofrecer el aspecto del que ha sufrido una sorpresa total. Claramente se veía que, en una fracción de segundo, había pasado del triunfo total a la ruina más absoluta.

Lentamente, empezó a caer de espaldas. Un fuerte estremecimiento sacudió su cuerpo y la pistola que todavía empuñaba, se disparó inofensivamente hacia el techo.

Muy pronto se quedó quieto. Potter entró, con el ceño fruncido.

—El no me dejó otra opción —se quejó—. Me habría gustado más llevarlo ante un juez...

—Todavía te quedan Tubbins y sus secuaces, Jim —dijo Gisk, a la vez que pasaba un brazo por la cintura de Cassie—. No te la vas a llevar a ella, supongo —añadió.

Potter hizo un gesto negativo.

—De todos modos, tendrá que declarar —contestó.

—No opondrá obstáculos a la acción de la justicia —prometió el joven.

Un hombre entró casi silenciosamente y los ojos de Gisk se dilataron al reconocerlo.

—Gordon, ¿qué diablos hace aquí? —exclamó.

Fyne soltó una risita maliciosa.

—Nos ha hecho usted un buen favor, Allan —dijo.

Y se agachó para recoger los sobres caídos en el suelo.

—Interesan mucho al gobierno —agregó—. En estos momentos, unos compañeros míos están ocupándose de Van Hoheland.

Gisk se sentía pasmado.

—Así, pues, usted no era... lo que se suele decir un soplón...

—¿No consiguió usted la información que deseaba? —rió Fyne.

—Pero ustedes... los hombres del gobierno...

—Hacía ya tiempo que andábamos sobre la pista de los trapicheos de Fahlken y Van Hoheland. Cuando decidió intervenir en el asunto, le dejamos las manos libres; así concentrarían su atención en usted y nosotros podríamos movernos con mayor libertad.

—En resumen, les he solucionado el caso...

—El gobierno lo tendrá presente, créame.

Gisk se volvió hacia la muchacha.

—Cassie, ahora tú y yo tenemos que ir a un sitio con toda urgencia —dijo. Se volvió hacia McCoutts—. Evans, ha hecho una buena tarea —elogió.

—No se olvide de mi recompensa —dijo el interpelado.

Gisk y la muchacha salieron corriendo. Una vez fuera, ella se detuvo un instante para hacerle una pregunta:

—¿Adónde me llevas, Allan?

—Al despacho de Frankie. Quiero llegar antes que la Policía, para rescatar ciertas fotografías que no deben ver la luz —respondió él.

Cassie entró en el apartamento, cargada con un montón de paquetes y se asombró al ver a Gisk, sentado ante una mesa y escribiendo algo en un papel.

—¿Qué haces, Allan? —preguntó, curiosa.

—Cuentas —respondió él—. Tengo que justificar los gastos, deducir lo invertido en este asunto y saber cuánto nos queda a nosotros.

—Querrás decir cuánto te queda a ti —dijo Cassie.

—No —contestó Gisk con firmeza—. El dinero que he ganado ha sido para los dos, como lo será el que pueda ganar en lo sucesivo.

—Allan, tú estás de broma...

Gisk se puso en pie, le quitó los paquetes, que dejó a un lado, y luego volvió a la silla, para hacer que Cassie se sentara sobre sus rodillas.

—Tengo planes para los dos —dijo.

—¿De veras, Allan?

—Primero, el indulto se ha convertido en declaración de inocencia absoluta. Podrías, incluso, reclamar al Estado daños y perjuicios por una condena injusta, pero creo que vale más no

remover el asunto y dejar que la gente se olvide de ello rápidamente.

—Eso está muy bien —convino la joven—. ¿Qué más?

—También se te ha declarado exenta de culpa en la muerte de Wanderer. Otro problema menos.

—Sigue, me encanta oírte hablar así, Allan.

—Bien, solucionados estos problemas y con Tubbins y los suyos en presidio, como cómplices de los crímenes de Welsh y Fahlken, ahora tú y yo debemos ocuparnos de nosotros mismos.

—Antes has hablado de ciertos planes...

—Sí. Cassie, La Tigresa dejó de rugir hace mucho tiempo. Ahora...

—¿Ahora, qué, Allan? —preguntó ella anhelante.

—Ahora sólo tendrá que maullar suavemente, emitir dulces ronroneos...

Cassie sonrió.

—Me gusta el panorama, excepto por una cosa —dijo.

—¿Algún obstáculo?

—Mi pasado, Allan.

Gisk la atrajo con fuerza hacia su pecho.

—Acabas de nacer. No tienes pasado —aseguró.

Buscó su boca y la besó con fuerza.

—Sólo tienes porvenir —agregó.

FIN

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS.....

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLENo

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 024127

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA



